MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

CRITICA

MAGAZINE MULTICOLOR DE LOS SABADOS

Suplemento Núm. 5. SABADO, ABRIL 11 DE 1931 Edición de 8 páginas



FOUCHE "EL DEMONIO"

NACIO José Fouché en Nantes, el 31 de mayo de 1759, hijo de padres marinos y mercaderes. Debió continuar la tradición profesional familiar, pero ¿cómo podía él ser mercader, si le parecía mezquino, y cómo marinero si se mareaba a dos millas de la costa y era esmirriado y anémico? Se dedicó a la carrera eclesiástica.

No llegó a profesar, sin embargo, y ya debe verse en este sencillo hecho la primera manifestación de su característica más neta, quizás su única característica: Fouché se introdujo en todo y con todos, pero no se comprometió definitivamente con nadie ni con nada jamás.

Fué, pues, un clérigo tonsurado, de órdenes menores, dedicado a profesor en diferentes seminarios provincianos de su país. Enseñaba preferentemente física y geometría.

Arroja la sotana

La revolución estalla. Fouché, finísimo otedor, arroja la sotana, hace desaparecer su tonsura y se lanza a la agitación política.

Por lo pronto parecen imperar, a pesar de la revolución estruendosa y todavía no regicida, ideas moderadas. Fouché lo comprende y redacta un manifiesto público dirigido a los buenos burgueses de Nantes, en el que defiende con calor la permanencia de la esclavitud.

Sus oyentes le escuchan complacidos. Fouché se hace popular. En 1792 lo eligen diputado a la Convención. La tonsura eclesiástica cede el lugar a la tricolor de la Francia que anhela ser republicana.

Por la muerte del rey

Lejos de lo que podía suponerse por su destacada actuación popular en Nantes, el novel diputado no truena ni suena para nada en la Convención.

La gran asamblea revolucionaria está dividida. En la parte baja del recinto se sientan los moderados; arriba, cerca de las galerías, los extremistas, los de "la montaña". Entre los de arriba está, afanoso por conmover al mundo, Robespierre, hasta entonces amigo de Fouché, aunque con una amistad algo enfriada, a causa de que Fouché había abandonado sin causa a su novia. Su novia era precisamente hermana de Robespierre. Entre los de abajo, como si quisiera pasar inadvertido, con su humanidad enteca, el joven Fouché. Gira unos grados en su sillón, mira hacia atrás, elevando la vista, y ve al enérgico amigo que hubo de ser su cuñado y a quien él mismo le había dado el dinero preciso para costearse los gastos de traslado a París, a actuar en la Convención.

Pero llega un momento decisivo: la asamblea tiene que pronunciarse por la vida o la muerte del rey Luis XVI, preso por la revolución. Uno por uno, los diputados tendrán que subir solemnemente a la tribuna y ante la pregunta ceremoniosa del presidente, responder con toda claridad: "La vie" o "la mort".

Fouché promete desde luego votar por la vida del rey y hasta fundamentar su voto. Al día siguiente se verificará la votación. Por la noche llega incluso a componer su defensa de la preciosa vida real. Pero entre los diputados se han iniciado gestiones imperiosas, feroces. Cada partido trata de atraerse al contrario.

El diputado de Nantes advierte que los diputados de la moderación, ayer en presunta mayoría, son ya minoría indudable. No vacila, pues, en pasarse al otro bando. Sube a la tribuna y responde: "La mort".

En lo sucesivo, Fouché estará siempre con el hombre, el partido o la idea de la mayoría, ...

Comunista furioso

Fouché se ha hecho notar, de pronto. Es uno de los furiosos, uno de los jacobinos. Muere el rey, y a él, uno de sus verdugos, la Convención lo destaca, como republicano sincero y hombre enérgico, a provincias, a difundir e imponer el republicanismo, algo débil fuera de París.

Conjuntamente con otro diputado, Fouché va a Nantes, a Nevers, a Moulins. Es una especie de procónsul. Lleva facultades absolutas, sólo limitadas por su



La revolución triunfante engendrará ángeles y demonios. Fouché, hijo de la revolución, ¿fué ángel o demonio?..

la Convención. Puede apresar, juzgar, sentenciar, ejecutar, hacer lo que guste, en fin, con la vida, la honra y la hacienda de todos los ciudadanos de su jurisdicción.

Si ha desempeñado su misión con "rigor excesivo" se le juzgará luego; pero ¿qué quiere decir esto de "rigor excesivo? Momentáneamente no quiere decir nada: el radicalismo de la revolución ha triunfado, y nadie castigará a un revolucionario y menos a un funcionario de la revolución, por "excesivo rigor". Fouché lo sabe. Hay que ser riguroso en extremo.

Va, pues, a su destino y saquea iglesias, mofa a los sacerdotes, veja o mata a los aristócratas, arrambla con cuanto dinero y objeto de valor halla a su alcance y da a conocer un manifiesto que envidiarían los mismos bolcheviques de hoy y que por su contenido, resueltamente comunista, hace que el célebre manifiesto de Carlos Marx sea cronológicamente el segundo de su índole. "Todo lo que tiene un individuo más allá de sus necesidades — dice allí Fouché, — no lo puede utilizar de otra manera que abusando de ello". Y pone a los ricos ante este dilema: "La libertad o la muerte. Podéis elegir".

"Ametrallador de Lyon"

Verdaderamente, el rigor de Fouché en su proconsulado sobrepasa todo límite previsto. No lo ignora él. Por eso, para atajar posibles reclamaciones de la Convención, manda a París cargas de plata y oro. Es lo que necesita la revolución para combatir a los enemigos realistas que se alzan contra ella: plata, oro, dinero, recursos. Fouché lo sabe y se lo da. ¿Quién se atreverá a pedirle cuentas por excesos más o menos?

También necesita soldados la Convención. Hay que compatir al enemigo. Fouché, revelándose excelente organizador, levanta un ejército, que va a engrosar las filas de los revolucionarios.

Claro está, cuando regresa, sólo se tienen en cuenta sus valiosos servicios. Se susurran algunas quejas; pero ¿y lo que el joven diputado ha hecho por la revolución? Eso vale más.

Inmediatamente, Lyon se subleva y ejecuta en la plaza pública al caudillo local de la revolución. Es preciso castigar severamente a la ciudad reaccionaria y criminal. La Convención resuelve que sea totalmente arrasada; así, como suena.

Se envía allá, para ejecutar la enorme orden, a Couthon. El enviado promete cumplir el castigo, pero en el fondo reconoce que es una barbaridad y va dispuesto a darle largas. Cuando se advierte el juego, se le reemplaza y se envía en su lugar a Fouché.

Fouché es algo mucho peor que un terremoto, que un tifón, que un volcán, que un infierno desatado en la ciudad. Levanta un monumento público a Chalier, la víctima de la aristocracia reaccionaria de la ciudad, y le inmola diariamente cientos y cientos de aristócratas que, para mayor comodidad y mayor horror, ordena ejecutar en montón, a cañonazos. También empieza a destruir la ciudad.

No va solo; es su compañero de misión Collot d'Herbois. Pero nadie duda de que el ejecutor de tantos horrores es él, Fouché. La Convención se alarma. Fouché tiene que dejar el puesto. Le queda el nombre de "El mitrailleur de Lyon", el ametrallador de Lyon.

Frente a Robespierre

Fouché tiene que defenderse. No le cuesta gran trabajo hacerlo. Se le acusa, sobre todo, de atrocidad, al haber ejecutado gente en montón, con cañones. Responde que lo hizo por piedad, es decir, por matarlos de una vez, ya que todos sabían que iban a morir y tenerlos vivos, mientras se ejecutaba a los primeros, era agrandarles el martirio. Si algún mal hizo, lo hizo, pues, por piedad excesiva. No se le condena.

El caos revolucionario es total. Si no aparece una mano fuerte, todo se hunde. La mano no tarda en aparecer; es la férrea de Robespierre y con ella el terror.

¿Robespierre debe de sentirse muy compinche con "El mitralleur de Lyon"? Nada de eso. Los dos son feroces, pero de distinta manera. Robespierre lo es honestamente (si cabe la honestidad en la ferocidad), por convicción de que es el único sistema de salvación para la república en peligro. Además, las atrocidades de Fouché sobrepasan, con mucho, las que él puede haber cometido y aun pensado cometer; finalmente, no olvida que es el burlador de su hermana y lo conoce como follón.



Luis XVI sube al cadalso

Un duelo titánico se inicia entre los dos hombres, porque Fouché se da cuenta también de las intenciones de Robespierre y se dispone a vencerlo. De momento, Robespierre triunfa. Despoja a Fouché de toda influencia en el gobierno público.

Fouché, desposeído, lucha en la sombra. Quiere reconciliarse con Robespierre; no vacila en apelar, para ello, a la propia hermana del rival, a la que él prometió en vano casamiento (ya Fouché se ha casado con una fea provinciana y de ella ha tenido una hija). Pero el rival no cede.

Entonces, el ex seminarista busca otro camino y su ojo de lince no se equivoca: el Club de los Jacobinos. Es la institución todopoderosa de la república. En realidad, gobierna a la república naciente el club, no la Convención, ni el dictador, ni nadie más. Lo que el club aprueba, hombres o hechos, marcha; lo que desaprueba puede retirarse de en medio. Fouché intriga allí, hace valer sus servicios revolucionarios y al cabo de un admirable trabajo de zapa, de constancia, de persuasión, obtiene nada menos que la presidencia del club.

Expulsado del club

La elección de Fouché para la presidencia del Club de los Jacobinos cae sobre Robespierre como un mazazo. El titán había descubierto la doblez de su adversario, pero no su secreta potencia. Luego ¿era realmente un enemigo temible?

Lo será por poco. Robespierre mismo, en persona, se presenta en el club de los jacobinos, en su medio, y ante tres mil personas (entre las cuales no se halla Fouché) pronuncia un violento discurso contra el novel presidente de la institución.

Fouché ha olido bien la situación y no ha querido presentarse. En primer lugar, él no dispone de dotes oratorias como para competir públicamente con un Robespierre arrebatador, y en segundo, sabe que difícilmente en aquella casa, a pesar de ser el presidente recién electo, podría triunfar él ante un hombre como su adversario, el jacobino supremo. Sabe, pues, que debe retirarse prudentemente, y así lo hace.

No le resulta difícil a Robespierre fulminar a Fouché. El club le retira la presidencia y lo expulsa de su seno.

Conspiración contra el dictador

En opinión de la generalidad, Fouché puede darse por muerto. Toda enemistad con Robespierre, significa la muerte, y mucho más si es una enemistad subrayada por el club omnipotente. ¿Qué hace Robespierre que no envía a la guillotina al osado?

Fouché tiembla, quizás, pero no renuncia a la lucha. No sospechan aún todo lo zorro que es. Está aparentemente vencido, pero no ha dado la cara. Todavía, pues, puede hacer muecas sin que se le vean.

No es él sólo el enemigo de Robespierre. La mano dura del dictador empieza a pesar demasiado. Hay revolucionarios cansados de terror y de despotismo. ¿Qué es Robespierre sino un déspota? Y un déspota que llega al extremo de no tolerar ni comprender siquiera otra opinión que la suya sobre nada. Hombres así, se temen, pero no se consienten. Por fuera, todos le reverencian: ningún Luis tuvo nunca tanto acatamiento ni tan ciego como él; pero por dentro le odian.

Fouché se pone en contacto con los descontentos. Pronto hace liga con dos de ellos, tan capaces como él: con Tallien y con Barras. Se conjuran. Deciden lo único posible: el asesinato.

Robespierre tiene espías y no permanece ignorante de la conjuración. Se entera de que Fouché trama su muerte. ¿Por qué no lo envía a la guillotina?

No tiene más remedio: de esta vez, Fouché irá a poner el cuello bajo la cuchilla. Pero antes tiene que señalarlo con índice de fuego a la Convención.

Robespierre prepara un discurso terminante. Es conocido el efecto de los discursos de aquel hombre. Este discurso superará a todos los precedentes. Es una pieza magistral, detenidamente meditada, cuidadosamente redactada, prolijamente retocada.

Los rumores corren, las noticias empiezan a aclararse. Nadie ignora que Robespierre va a denunciar una conjuración contra su persona y contra la república y que va a señalar al "chef de la conspiration".

Robespierre a la guillotina

Llega el día del 8 de Thermidor. Reunida la Convención, con inenarrable expectativa, Robespierre aparece en la tribuna y pronuncia su esperado discurso.

¡Sorpresa! El discurso no toca como los de otras ocasiones del mismo fervoroso republicano. Robespierre habla en él vagamente de conspiración y de conspiradores, pero no menciona a nadie en particular. Eso no convence a nadie. La Convención aplaude, al salir de su aburrimiento, y autoriza la impresión del discurso; pero un hombre — Bourdon de l'Oise, hay que mencionarlo — se opone: si tiene que acusar a alguien en concreto, que acuse.

Tampoco está presente Fouché. Se pronuncia su nombre. Robespierre no puede evitar el darse por enterado; pero responde en forma evasiva, diciendo que ahora sólo quiere plantear un caso de conciencia, sin hablar de nadie en particular.

¿Por qué Robespierre, que no tiene presente más que a Fouché entre todos los seres y entre todas las cosas del mundo, insiste en esquivar su encuentro? Nadie ha podido explicarlo satisfactoriamente. El caso es que la guillotina, que se veía suspendida sobre el cuello flaco de Fouché, permanece quieta una vez más ante esta presa.

Es la noche del 8 al 9 de Thermidor. El discurso de Robespierre está pendiente, aunque debilitado por la oposición de Bourdon de l'Oise, y la Convención tendrá que decidirse en la sesión del otro día. Ni un solo diputado se acuesta: todos tienen algún manejo que realizar en forma apremiante. Robespierre no está menos inquieto. Va a los jacobinos, dirige la palabra a tres mil hombres que lo aclaman; pero lleva encima un negro presentimiento: califica de testamento su discurso.

¿Y Fouché? Fouché sigue tejiendo pacientemente en la sombra su sutil tela de araña, hasta que la presa esté totalmente enredada, de modo que no la pueda salvar nadie.

Amanece el día fatídico, el 9 de Thermidor. Fouché no asiste tampoco a esta sesión; pero ¿para qué? Su obra está consumada. Sólo falta el previsto toque final; y ese lo ejecutarán otros. ¡Esperar que Fouché ejecutase por su propia mano alguno de sus crímenes!


Robespierre, verdugo y víctima del terror

Maximiliano Robespierre no puede hablar en la Convención: se le interrumpe, se le sofoca con gritos, con estruendo. Está decidido su fin. Lucha denodadamente por defenderlo su fiel escudero Saint-Just, pero en balde. La Convención despacha a la guillotina a Robespierre, ya semidestrozado y ensangrentado en la antesala del palacio de la asamblea.

La multitud, al verle pasar en el carro mortal, en aquel carro que por orden del mismo Robespierre condujo antes a tantas víctimas, entre ellas Danton, prorrumpe en exclamaciones de júbilo, y no tiene límites su alegría cuando ve caída en el canasto sangriento la cabeza del más poderoso hombre de Francia.

Otra víctima

La Convención se ha lanzado a la ofensiva contra el terrorismo y no puede contenerse sin riesgo de claudicación. Pero puestos los diputados del pueblo a buscar terroristas ¿quién más terrorista que Fouché, "El mitralleur de Lyon"?

Fouché ve el arma que le apunta y adopta en seguida sus precauciones. Al día siguiente de la ejecución de Robespierre, pudo haberse sentado, como sus cómplices Tallien y Barras, en el sector de la moderación. Cosa curiosa: se sentó entre los radicales de la "montaña". Lo primero le habría salvado de toda persecución; lo segundo pone en peligro su vida, y él lo sabe. ¿Cómo es que, por primera vez en su vida, se coloca en el lugar de peligro y no está con los victoriosos?

Es que Fouché, cada día con mejor olfato, adivina que la vida de la Convención no está destinada a duración larga y menos su sector moderado.

Cuando lo atacan, pues, como terrorista, se lanza al corazón del pueblo, toma como testaferro suyo a un pobre anarquista, Baboeuf, exaltado y desamparado, y le hace agitar a las masas contra los convencionales.

Baboeuf cae pronto, ejecutado por la Convención. ¿Y Fouché? Todos saben que él ha sido el motor secreto de Baboeuf, pero Fouché desaprueba públicamente a su aliado, a su víctima. No obstante, la Convención da orden de detención contra él. Fouché comprende en seguida qué debe hacer: llamar al tiempo en su colaboración, tratar de dejar que pasen los días, huir, esconderse. Lo hace maravillosamente, como un topo, como un ratón, como un zorro, aprovechando todo recurso, todo auxilio. Durante tres años, nadie sabe nada de él en concreto. Nadie, menos uno, que es precisamente el que lo podía proteger.

En la miseria y coimero

El nuevo dueño de la situación es Barras. Se trata de un republicano dudoso y de un hombre moral a medias. La república es propicio campo de negocios. Barras puede hacerlos y sacar provecho pingüe; pero ¿cómo dejar ver su mano?

Fouché, un día poderosísimo, vive ahora oculto en la bohardilla de un séptimo piso, con su mujer y su hija enferma. No es posible acercarse a los momentos íntimos de Fouché sin conmoverse, por el horror que inspiran sus momentos públicos. Fouché es un esposo amantísimo y un padre tierno. Adora a su fea mujer y a su débil hija. En su espantosa miseria, le cuesta conseguirles el mínimo sustento diario, pero lucha como un tigre para que no padezcan hambre.

Está en esa lucha sorda, sin gloria, horrible, cuando Barras le da a entender que puede ayudarle en provechosos negocios. Fouché se convierte en "gestionador de asuntos oficiales" y saca para vivir, no con holgura, pero sí sin zozobra; y, lo que es más importante, puede descansar, aunque en la obscuridad, frente a sus enemigos.

Vuelve a lucir su estrella

El destierro alecciona hondamente a Fouché. Ya sabe lo que es miseria y abandono. Puede aspirar de nuevo a la lucha con espíritu más precavido. De "coimero" con Barras, pronto se convierte otra vez en funcionario. Posee ya demasiados secretos de Barras, para que éste pueda negarle su concurso. El directorio nombra a Fouché representante del gobierno ante el ejército que se bate en Italia y luego como embajador en Holanda.

En uno y otro puesto (sobre todo en el segundo, de gestiones secretas), muestra Fouché su habilidad. El directorio de París, cada vez más inseguro, lo mira con interés. No tarda en convencerse de que es su hombre para la situación tambaleante. Y Fouché es llamado a París rápidamente; se le ha nombrado ministro de Policía.

París se extremece de horror. ¡El terrorista Fouché, ministro de Policía! Pero Fouché ha sufrido un duro destierro y es otro. Pronto se pregunta París: ¿Este es José Fouché? El ex seminarista está dispuesto a trabajar para sí mismo, para su provecho personal, y pronto ve que no debe agredir a nadie desde su nueva situación poderosa, sino aprovechar el estupendo puesto para urdir tal trama que todo el mundo quede sometido a él.

¡Empieza el tramo enorme de su extraordinaria carrera!

Espía implacable

Aparentemente, su puesto es de poca jerarquía; en realidad, es la mejor palanca del momento, para hacer girar en torno a toda la sociedad francesa. Es lo que hace Fouché, organizando en seguida un fantástico sistema de espionaje, en el que intervienen todas las clases sociales de Francia, desde la última prostituta hasta la más encumbrada dama, desde el ladrón hasta el decaído marqués, y mediante el cual no hay en la república humilde ni poderoso que pueda tener un secreto para él, ni resistir a su ataque de zapa si él se propone atacarlo.

De esa manera sabe Fouché en seguida que Barras coquetea con Luis XVIII en el destierro y que los demás miembros del directorio tan pronto piensan en el duque de Orleans como en la antigua Convención y de esta manera llega a saber algo que todos ignoran: que el general Bonaparte, a quien toda Francia cree en Egipto, al pie de las pirámides, está ya de regreso y muy próximo.

¿Quién le ha enterado del regreso súbito del general victorioso? Una persona que lo sabe de buena fuente: Josefina Beauharnais, la propia esposa de Bonaparte, a la que él utiliza como espía.

EXECRADO universalmente primero, olvidado por todos después, José Fouché, el famoso jefe de policía de Napoleón, reaparece ahora merced a la biografía que de su extraordinaria personalidad acaba de trazar el alemán Stefan Zweig. De sa biografía, extraordinaria como el personaje, que acaba de publicar la Ed. Española, hacemos el resumen que aparece en estas páginas, procurando conservar su gran dramatismo. No cabe duda de que estamos ante un personaje de mucha cuenta y de un biógrafo excepcional.

Una "soirée" diabólica

Bonaparte llega. El directorio, alarmado, manda llamar a Fouché. ¿Sabe el señor ministro de Policía que acaba de desembarcar de regreso el general, cuando nadie lo esperaba? Fouché se hace de nuevas; ni lo había sospechado.

Pero no bien entra, aclamado por el pueblo, Bonaparte, en su casa parisiense, Fouché aparece en la antesala. El general no sabe quién es, así que lo hace esperar; está muy ocupado. El ministro se sienta, tranquilamente. También está ocupadísimo, pero su ocupación, ahora, es esperar.

Alguien, que ve allí al poderoso funcionario, se lo advierte a Bonaparte. El general ordena en seguida que se le haga pasar. Entra Fouché. Quedan los dos solos. El ministro sabe que Bonaparte trama una conspiración contra el directorio; se le ofrece para lo mismo; pero él no conspirará, no se entregará al conspirador, ¡jamás se entregó a nadie! lo dejará conspirar, simplemente.

Es lo que hace. Se vuelve de pronto ciego para todo movimiento, sordo para todo rumor; deja que Bonaparte se mueva a sus anchas. Por si acaso (no sea que el general crea que sus servicios son de escaso valor y que el jefe de la policía no conoce a los jefes de la conspiración), una noche invita Fouché a Bonaparte y a sus cómplices a una comida íntima, en su casa particular. Cuando los invitados, mirándose unos a otros, se dan cuenta de que están allí justamente todos los conjurados, se quedan estupefactos; ¿es que la policía los ha reunido allí, inocentemente, y se propone atraparlos?

La estupefacción aumenta al ver los invitados que entra en la sala el presidente Gohier, aquel a quien ellos se proponen derribar, y que entra, al parecer, como otro invitado a la "soirée". Pero el presidente interroga con amabilidad al ministro sobre los acontecimientos más recientes y Fouché responde con tono despectivo: "Siempre los rumores de conspiración; pero bien sé yo el caso que hay que hacerles. Si hubiese verdaderamente alguna, muy pronto tendríamos la prueba en la plaza de la Revolución".

¿Cuál era esa "prueba"? Nadie lo ignoraba: la guillotina. Bonaparte oyó la alusión al fatídico chisme, como una advertencia de soslayo; seguramente tragó saliva y quedó tranquilo; no había trampa en la fiesta.

"La veleta de Saint-Cloud"

Fouché se ha colocado en tal situación, que si el golpe de estado fracasa puede con toda desenvoltura mandar prender a Bonaparte y a sus cómplices y entregarlos al gobierno triunfante, pues al fin ¿cómo podría decir nadie que él les consintió la conspiración?; y si el golpe triunfa, puede esperar el favor del general.

Triunfa Bonaparte; triunfa estrepitosamente, con un eco de gloria en toda Europa que todavía hoy no se ha acallado; todavía hoy, en efecto, se recuerda la emoción que provocó en los más templados corazones europeos (en el de Beethoven, en primer lugar) el triunfo salvador de aquel joven general republicano, hijo de la revolución, soldado victorioso, inteligencia y brazo capaz de ordenar el caos y de afianzar la república naciente.

Pronto Bonaparte, convertido en Napoleón, va a hacer arrepentirse a aquellos corazones favorables; pero por el momento, es el salvador de la república en peligro. Establece el consulado y confirma a Fouché en el ministerio de la policía.

A los pocos días, en un teatro de barrio de París se representa una comedia titulada "La veleta de Saint-Cloud". La veleta es Fouché. El ministro, cuya volubilidad se satiriza en la obra, podía prohibir la representación, castigar al autor y a los autores. No lo hace. Mientras no hagan más que reírse de él, no le importa la partida.

Uno de los dos lo vengará

Pocos hombres debían tanto en el mundo a otro hombre como Bonaparte y Fouché a Barras: al primero lo había sacado de la oscuridad cuando no era más que un oficial del ejército revolucionario, al segundo lo sacó de la miseria y del ostracismo; los dos, triunfadores sobre él, a quien además han engañado, lo echan de Francia. Barras se consuela, sin embargo, de la enorme ingratitud: piensa que, quedándose juntos Bonaparte y Fouché, uno de ellos traicionará al otro y lo vengará con la traición.

No se engaña en sus presentimientos el antiguo protector del oficial Bonaparte. Al año, estando Bonaparte al frente de sus tropas en la campaña italiana contra Austria, llega la noticia de la derrota del general en Marengo. Los funcionarios del consulado se reúnen: no es posible seguir manteniendo al frente del gobierno a un general derrotado. Fouché no dice nada expresamente, pero tampoco se opone.

Pero la noticia es falsa: lo que ha ocurrido, en realidad, es que, favorecido en un instante de peligro, Bonaparte ha convertido en magnífica victoria lo que estuvo a punto de ser una derrota. Llega el parte victorioso de Marengo y, en seguida, llega el general, a quien por poco destrozan de admiración los franceses.

El cónsul se entera de las proposiciones y vacilaciones de sus ministros; echa al que más se había arriesgado en contra suya, a Carnot; a los demás los mantiene en su puesto, pero a todos los arroja de su corazón, en primer término a Fouché, que ahora se le presenta con una doblez diabólica.

Contra el clan familiar

Los hermanos, familiares y amigos de Bonaparte (todo un clan que lo rodeaba y por el que en realidad se sacrificó) no simpatizan con el jefe de policía; la única que lo ampara aún es Josefina, pero sin fuerzas para contrarrestar la oposición de los otros. Quieren echarlo de al lado del cónsul. La ocasión se les presenta.

El general se dispone a asistir a una velada de gala en la Opera de París. Por el camino, yendo en su carroza, estalla poco después de pasar el vehículo a toda carrera una terrible bomba. Cuarenta víctimas, destrozadas, se revuelcan en el suelo. El general sigue su trayecto, llega a la Opera y asiste a la representación.

De regreso en las Tullerías, toda la rabia contenida de Bonaparte estalla contra su ministro de policía. ¿Cómo no había sido capaz de descubrir en los preparativos aquel atentado? Y está tan furioso, que le recuerda hasta los crímenes de Nantes y de Lyon. En un momento, tiene que interponerse entre ambos Josefina.

La caída de Fouché se hace con esto inevitable. Pero Fouché adopta la actitud que un hombre ambicioso y capaz como él debía tomar: se arroja entero sobre su repartición pública, pone en juego todos sus recursos de pesquisante, y quince días después se presenta, no arrogante, sino con apariencia humilde, como siempre, al irritado cónsul: trae todo el secreto del atentado y el nombre de su autor, un realista comprado con el oro inglés.

No queda en las Tullerías ni en París una sola persona que en aquellos instantes se atreva a hablarle mal del jefe de policía al general.

Dorada expulsión

Napoleón sabía con qué secretos designios asaltaba el poder. De primer momento se conformó con ser cónsul, luego cónsul por diez años, ahora — ¿es que no hay ninguno que le entienda, brutos? — pide el consulado vitalicio. ¡El primer paso para la monarquía y el imperio, está dado!

Se siente entonces el cónsul perpetuo tan seguro en su silla dictatorial, que ya puede hablársele nuevamente del desagradable Fouché, que tan mal recuerdo tiene para tanta gente en Francia. Bonaparte conviene en ello: se desharía con gusto de un hombre así; pero ¿con qué pretexto? En el fondo ¿con qué coraje?

Sin embargo, como la oposición a Fouché se hace cada día más tenaz, el cónsul cede, aunque tratando todavía de respetar ciertas formas. Suprime el ministerio de policía, declarando que ya no es necesario para la seguridad pública, y luego de hacer grandes elogios de Fouché "por su talento y su energía, por su fidelidad al gobierno", lo nombra senador. Además, le regala más de un millón de francos, del superávit hallado en la policía, y una posesión en Aix, un pequeño principado cuyo valor se calcula en diez millones de francos.

Otra vez al ministerio

Fouché es riquísimo (uno de los mayores acaudalados de Francia) y, a pesar de todo, poderoso. Podría entregarse a una vida feliz. Pero no está en su naturaleza permanecer alejado de los fuertes negocios del mundo, ni aun encerrándosele en jaula de oro.

En vez, pues, de retirarse a su posesión de Aix, adquiere un magnífico palacio en París, mantiene el trato de la gente de arriba, ronda las Tullerías, como las mariposas la luz, y aun obtiene que Bonaparte le encargue de comisiones oficiales de importancia.

El zorro acecha su momento. Ese momento se aproxima. A medida que en Bonaparte va creciendo la idea del imperio, va

(Continúa en la pág. 7)

A la plaza 12 de Octubre

Plaza 12 de Octubre (Plaza Almagro),
Como eres nueva, fresca y novedosa,
Produces el milagro
De ver en tí reunidas las gentes viejas y la gente moza.

Antes,
Hace pocos años,
Eras sólo una quinta con árboles gigantes,
Con árboles huraños...

Ahora has cambiado
Para la gente y para vos;
Porque lo quiso el hado,
Porque lo quiere Dios...

(César Sforza te construyó una fuente,
En la que vi
A una pareja de la quichua gente
Danzando el Yaraví).

Todos quieren adorarte
Como si fueras una nueva Diosa;
Y se atropellan para visitarte
El hombre, la mujer, la mariposa.

Porque eres joven y fuerte,
Llevas el nombre de un conquistador,
Y como hallaste la vida, hallarías la muerte
Por tomar la ciudad para ganarte su Amor...

En ti corren los niños traviesos;
Descansan los abuelos sus agobios;
Y le endilgan a sus árboles sus racimos de besos
Las parejas de novios.

Te quiere bien el atleta;
Mejor el vate meditabundo;
Y todos los días te dicen su "retreta
Los vientos y los pájaros del mundo.

¡Ojalá lleves siempre muy alto tu nombre
(Plaza Almagro), Plaza 12 de Octubre;
Alegrando a mi barrio, y a su dama, y a su hombre;
Y bendito sea el cielo que te cubre!

ANTONIO MONTI.

Ilustró Meliante.

El Capitán Caspar

por N. Teffi

(Traducción especial para CRITICA)



Lo despertaron tres hombres armados que vinieron a buscarlo. No eran los de la víspera, pero estaban igualmente tranquilos y presurosos

LA cara de Sisoev presentaba rasgos completamente asimétricos: un ojo más grande que el otro, la ceja izquierda más alta que la derecha, la frente triangular; su barba era rala y el cabello desgreñado; tenía las piernas cortas, los pies pequeños y era cargado de hombros. Las uñas de sus dedos, demasiado cortos, como si les faltase la última falange, estaban comidas hasta la mitad. Se dirigía desde Astrakán, donde ejerciera la profesión de maestro de escuela, a Kiev, a casa de sus padres. Había transcurrido ya un considerable lapso desde que Sisoev emprendiera el viaje, sin que le hubiera ocurrido percance alguno, cuando el tren en que viajaba fué asaltado por una banda de malhechores que lo detuvieron y no lo dejaron proseguir el camino. Obligado por las circunstancias a abandonar el coche, Sisoev atravesó el bosque que bordeaba la vía férrea, cruzó el río y por fin, después de una larga caminata, llegó hasta un convento, donde pidió hospedaje.

—No le aconsejo que se quede aquí—contestóle el monje.—Es un lugar poco seguro; más vale que se hospede en la ciudad que dista unas pocas verstas.

Sisoev siguió su consejo y, llegado que hubo al suburbio de la ciudad, se alojó en casa de un zapatero. El dueño estaba ausente: había huído como tantos otros de sus conciudadanos, prefiriendo abandonar sus bienes a perder la vida en la ciénaga de la guerra intestina. Eran aquellos tiempos sumamente intranquilos y los gobiernos se sucedían casi sin intermitencia. El pueblo había pasado sucesivamente de manos de los bolcheviquis a la dominación del ejército blanco, cayendo luego en poder del cabecilla María, que a pesar de su sexo, tenía bajo su mando un considerable contingente de fuerzas sin que le faltasen parques de artillería; con todos estos elementos cometía crueldades inauditas, de modo que el pueblo aclamó como a libertadores los primeros destacamentos del ejército rojo que entraron triunfantes, después de haber derrotado a María. Pero esta nueva dominación resultó ser tan poco estable como todas las precedentes, y algún tiempo más tarde la vieja bandera tricolor flameaba de lo alto del edificio ocupado por una banda acaudillada por un ex capitán del ejército zarista, apellidado Caspar.

Sisoev había ocupado un cuartucho contiguo a la cocina; además de él, vivía en la misma casa, ocupando una habitación espaciosa con dos ventanas a la calle, una joven llamada Agnia, esposa de un sacristán que se veía obligado a vivir escondido en lugares desconocidos, por las persecuciones de que le hacían objeto sus enemigos políticos. Agnia era una mujer alta, de tez blanca y sonrosada y de grandes ojos azules. No es de extrañar, pues, que Sisoev se hubiera enamorado de ella a primera vista; pero bajo los rayos de este amor su alma no floreció ni cantó alegremente. Por el contrario, se hizo más taciturno que antes y todas las veces que la mujer del sacristán mentaba el nombre de su marido, una amargura infinita embargaba su ser. Cuando ella iba a visitar a alguna amiga y no volvía hasta muy entrada la noche, Sisoev pasaba largas horas de insomnio, mortificándose con las más absurdas suposiciones y royendo sus uñas hasta hacer brotar la sangre. Pero, el que más le hacía padecer, era un tal Pedro Vetrov que solía visitar a Agnia para cantar con ella dúos sentimentales y a quien Sisoev odiaba con todas las fuerzas de su corazón.

Vetrov era el galán del suburbio, de profesión escribiente; iba peinado siempre a la moda, con un pañuelo de color asomando sus puntas del bolsillo de su saco; poseía una fina voz de tenor, que sabía aprovechar, y de ordinario conversaba sólo con las mujeres, dejando entrever en sus conversaciones que era hijo natural de un gran señor. Antes de la huída del sacristán cantaba en el coro de la iglesia junto con la esposa de aquél, pero después de clausurada la iglesia, empezó a practicar sus canciones en la casa de Agnia. Al ejecutar los cánticos religiosos, Pedro daba a sus ojos una expresión de ternura e inclinaba la cabeza hacia el hombro de Agnia que bajaba la vista, intimidada.

Sisoev no se daba cuenta de la pasión que empezaba a dominar su corazón y buscaba explicaciones a su estado de ánimo, atribuyéndolo a distintas causas: creía que le desagradaban los relatos de la joven acerca de su marido ausente, porque eran conversaciones inútiles; que no podía dormir cuando salía Agnia, porque de todos modos se hubiera despertado al oír el ruído de la puerta a su vuelta; y que odiaba a Pedro Vetrov porque, en su opinión, era un hombre capaz de cometer una mala acción.

Una serena noche estival Sisoev pareció vislumbrar lo que pasaba en su alma.

Aquella noche era excepcionalmente tranquila; no resonaban tiros por ningún lado. Sisoev salió a la puerta y, sin darse cuenta de ello, echó a andar por la calle, llegando de este modo hasta los confines del suburbio, donde se detuvo con el corazón enternecido... Hacía muchos meses que no había visto ni el cielo, ni las estrellas, ni las tranquilas sombras de los árboles nocturnos. Nadie observaba ni se acordaba de estas cosas en aquella época. La vida horrorosa, que todos habían contribuído a formar y de la que todos trataban de encontrar la salida, habló con nuevas palabras terribles y rudas, que prohibían mencionar el cielo y las estrellas, de modo que los que las recordaban, escondían sus pensamientos como algo vergonzoso.

Sisoev se asió involuntariamente a una tupida rama cubierta con hojas ásperas y tibias y, acto seguido, apartó la mano con cuidado, tratando de no arrugarlas. De repente advirtió que junto a un corralón de madera, ubicado en los linderos de un bosque de abedules que se destacaban bajo la argentina luz de la luna con sus blancos troncos, estaban sentados un hombre y una mujer, unidos en un abrazo; la cabeza de la mujer descansaba en el hombro de su compañero, mientras que éste rodeaba su talle con sus vigorosos brazos; los dos permanecían inmóviles y silenciosos...

Sisoev se estuvo un largo rato contemplando la pareja con asombro, miedo y alegría al mismo tiempo, sin ser visto por ellos. Luego se alejó lentamente, tratando de no producir el menor ruído. Llegó tambaleándose hasta su casa y, una vez solo en su humilde cuartucho, expresó sus pensamientos en una idea precisa:

—¡Qué dichoso sería si Agnia se sentara de este modo al lado mío, apoyando su cabeza en mi hombro!...

Los habitantes del suburbio llevaban una vida relativamente tranquila, siendo muy raros allí los bombardeos y los allanamientos. Hacía quince días que el poder gubernativo se encontraba en manos del capitán Caspar, cuyo nombre fuera rodeado por una aureola de leyendas. Corrían rumores que, presenciando el incendio de un gran mercado, Caspar había prohibido terminantemente el saqueo de las mercaderías, colocando centinelas para custodiarlas. En otra ocasión, encontrándose con una anciana pobre y achacosa, le regaló una fuerte suma de dinero. Semejantes rumores llegaron a convertir al capitán en un héroe popular.

Una noche Agnia volvió a casa muy tarde, sofocada y sumamente emocionada; contó que durante todo el trayecto un desconocido venía en pos de ella sin pronunciar una sola palabra. La mujer, temerosa, aceleró el paso; cuando llegó a la puerta de su casa, el desconocido la saludó a la usanza militar, haciendo la venia y dijo con tono sumamente cortés:

—Tranquilícese, señora, pues no tengo malas intenciones. La acompañé sólo movido por el deseo de defenderla en caso de que fuera víctima de un asalto, cosa que no sería de extrañar, dada la época en que vivimos.

Al terminar su relato, Agnia agregó con voz entrecortada por la emoción:

—No me cabe la menor duda de que era el capitán Caspar.

A la mañana siguiente vino Pedro Vetrov que fué notificado del encuentro de Agnia con el capitán Caspar.

—Repruebo la conducta del capitán,—dijo el joven malhumorado.—A mi parecer debiera haberse presentado a la señora antes de dirigirle la palabra.

—En cambio yo creo,—replicó Sisoev,—que hizo bien en guardar su incógnito.

Agnia le dirigió una mirada llena de éxtasis y de agradecimiento, que lo colmó de júbilo.

—Usted no comprende que este no es el modo de portarse que se acostumbra en la alta sociedad, — exclamó Pedro furioso.

Lo ponía fuera de sí el hecho de que fuera Sisoev el que se sirviera de la palabra "incógnito" y no él mismo, amigo de expresiones finas y hermosas.

—No, señor, — replicó vivamente Agnia, — nosotros comprendemos perfectamente bien. (Al oírla decir "nosotros" Sisoev se regocijó interiormente) Comprendemos que la conducta noble consiste precisamente en proce[illegible] de incógnito.

—Usted lo cree porque no tiene idea de cómo se portan en alta sociedad,—contestó Pedro palideciendo.

—Al contrario, lo sabemos muy bien,—dijo Agnia.

—En este caso me extraña mucho,—refunfuñó Vetrov tomando su gorra.

Al ver que Pedro tenía la intención de marcharse, la joven exclamó con tono de desafío:

—El capitán Caspár es un hombre por el que una daría gustosa su vida. ¡Sí, señor, su vida!... Y usted no es capaz de comprenderlo...

Pedro salió a la calle sin despedirse de sus interlocutores.

Al anochecer Agnia entró por primera vez a la piecita de Sisoev y, sentándose en un banquito roto, (el único mueble que poseía éste) habló largamente del capitán Caspár.

Sisoev sostuvo la conversación en un tono emocionado y conmovido.

—¿Acaso un hombre de la calaña de Vetrov es capaz de entender semejante cosa? — dijo por fin con tono tímido, deteniéndose para ver la impresión que producían sus palabras a la joven.

—Vetrov es un hombre superficial,—contestó Agnia con tono frío.

Acto seguido se puso de pie y salió de la habitación.

Pero Sisoev no se dió cuenta de que la joven se fué justamente después del oprobio que hiciera él a Pedro. Se acostó lleno de júbilo y toda la noche soñó con ángeles que entonaban un cántico: "Vetrov es un hombre superficial". Al despertarse a la mañana siguiente recordó su conversación con Agnia de la víspera y dijo para sus adentros:

—¿En qué puedo fundar mis esperanzas, pues?

Hacía mucho que no había visto su propia cara por falta de espejos en toda la casa. Palpó su barba rala y su frente obtusa, para tener idea de su aspecto. Luego adelantó su mano, separando los cortos dedos con las uñas comidas y la contempló un rato con asombro.

—Sí,—pronunció por fin,— no tengo manos muy bellas, que digamos.

Sintió oprimírsele el corazón y no quiso pensar más en su físico.

Agnia no se dejó ver durante todo el día y al anochecer salió de casa.

Agnie le dirigió una mirada llena de éxtasis y de agradecimiento, que lo colmó de júbilo

En la ciudad empezaron otra vez tumultos revoltosos. Desde allí resonaban tiros; dos veces atravesó el suburbio, con una vertiginosa rapidez, un automóvil lleno de hombres enfurecidos y armados hasta los dientes.

Vino a visitar a Agnia un lejano pariente de ella, padre Onisim, un cura sin parroquia. Era un anciano de carácter tímido, semiciego y semisordo. Atemorizado en sumo grado por la revolución, solía decir a media voz:

—El zar tenía que haber llamado a todos los nihilistas de Rusia en un galpón y preguntarles: "¿Qué es lo que quieren ustedes?" Y ahora ya es demasiado tarde...

El viejo cura llamó a la puerta y, al ver a Sisoev que vino a abrirle, preguntóle:

—¿Qué tal está Agnia?

—Yo la creía en su casa, padre, — replicó el interpelado palideciendo.

—No estuvo allí. ¿Cuándo salió?

—Hace tres días.

Los dos guardaron silencio.

—Hay que dar parte a la policía — pronunció luego el cura.

—Estoy dispuesto a hacerlo — dijo Sisoev, — pero en esos días revoltosos no hay ninguna policía.

—Es cierto. Entonces hay que ir a ver al mismo capitán Caspar para pedirle ayuda. ¿Quién sabe si no la llevaron presa?

—Voy a ir.

—Que Dios os bendiga — dijo el padre Onisim.

Al llegar a la ciudad, Sisoev encontró las calles desiertas con las casas cerradas. Del lado de la catedral resonaban los tiros de la ametralladora. Pasó un camión llevando un cajón grande, sostenido por ocho hombres sin sombreros y con caras crispadas por el terror y la cólera.

La plaza ante el edificio de la municipalidad estaba vacía; sólo junto a la puerta, abierta de par en par, yacía en el suelo un cadáver con la boca ensangrentada. Sisoev subió la escalera; las puertas de todas las oficinas estaban abiertas, pero no había un alma viviente.

—Al primero con quien tope — pensó Sisoev, — nombraré al capitán Caspar y me conducirán a su presencia.

Después de haber recorrido las piezas sin haber encontrado nadie, empezó a bajar la escalera. De repente distinguió el ruido de pisadas detrás de él y se vió en presencia de tres hombres armados con fusiles.

—Capitán Caspar, — dijo entonces Sisoev.

—¡Alto! — exclamó uno de los hombres.

—Capitán Caspar, — gritó el otro, dirigiéndose a alguien que se encontraba en el rellano de la escalera.

Dos hombres sujetaron fuertemente los brazos de Sisoev, mientras que el tercero se puso a registrar sus bolsillos.

—Vine para presentar una solicitud — pronunció Sisoev.

Pero nadie le hizo caso. Los tres, con las caras demudadas, lo asieron de un modo brutal, conduciéndolo abajo.

A la noche Sisoev fué encerrado en un galponcito con un agujero junto al techo, que hacía las veces de la ventana. Sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, decía para sus adentros, asombrado:

—Lo que sucedió conmigo es algo incomprensible e irremediable y se parece a una pesadilla. ¿Por qué esos hombres me llaman capitán Caspar y cuando lo niego cambian entre sí miradas de inteligencia sonriendo? Y uno de ellos dijo: "Son todos iguales esos tunantes: basta con amenazarles un poco para que renieguen de todo". A lo que Sisoev había replicado con tono de orgullo: "el capitán Caspar no es de esta clase de hombres". Semejante contestación sirvió para asegurarlos más aún en su error. Sisoev no tuvo deseo de desmentirlo, creyendo que, de todos modos, iban a pedir informes en su casa, lo que sin duda aclararía el asunto.

Le parecía asombroso el hecho de que los representantes del nuevo gobierno no lo mostrase a alguno de los partidarios de Caspar arrestados por ellos, para reconocer su identidad. Los nuevos gobernadores tenían aire entre asustados e indecisos. Uno de ellos preguntó a Sisoev: "Capitán Caspar: ¿dónde escondió usted el dinero?", a lo que éste le contestó; "capitán Caspar jamás ha sido traidor".

Todo lo que aconteció durante aquel día parecía irreal, como si hubiera sucedido sólo en la imaginación de Sisoev, que se representaba a sí mismo de pie en el umbral de la puerta de su cuartucho, contándolo a Agnia y diciendo al final del relato: "Ya ve usted, Agnia Sergueevna, es así como les contestó el capitán Caspar". Y la joven, que en su imaginación lo escuchaba emocionada y atenta, murmuraba ruborizándose: "Nosotros lo comprendemos".

Volviendo a la realidad, Sisoev pensó:

—¿Qué es lo que pasa, en resumidas cuentas? ¿Tal vez el capitán Caspar fué muerto sin que nadie haya reconocido su cadáver? Y luego van a correr rumores de que se volvió cobarde y traidor y que se portó de un modo abominable, sentado en el suelo de un galponcito como un ser insignifica[illegible]......

Sisoev trataba de ahuyentar de su mente el recuerdo de la desaparición de Agnia. En el fondo de su mentalidad, casi en los lindes de la subconsciencia, sabía dónde se encontraba la joven, pero era demasiado horroroso convertir la sospecha en una idea formulada, expresándola con palabras reales, y Sisoev fingía ante sí mismo creerla arrestada.

Durante toda la noche no pudo conciliar el sueño. Por fin, al rayar el alba, se sumió en un sueño sin visiones.

Lo despertaron tres hombres armados que vinieron a buscarlo. No eran los de la víspera, pero estaban igualmente intranquilos y presurosos. Sacaron a Sisoev del galponcito y se dirigieron con él hacia el bosque. De repente pasó con una enorme velocidad un automóvil, perseguido por unos [illegible]ntos hombres que corrían haciendo fuego.

—Habí[illegible] que hacerlo allí mismo, — [illegible] de los guardianes de Sisoev con voz temblorosa. —No hacía falta salir con él.

Los demás a[illegible] con cabezas y todos volvieron sobre sus pasos. Al acercarse al galponcito, uno de los hombres armados dijo:

—Condúzcanlo a la pared.

La expresión harto conocida impresionó a Sisoev.

—El capitán Caspar va a [illegible]rir, — cruzó por su mente.

Pero su alma continuó tranquila. Sisoev caminaba maquinalmente, pensando:

—Sí, Agnia Sergueevna, el capitán Caspar murió como un héroe, sin que temblara un solo músculo de su rostro. Con aire arrogante alzó su semblante y miró al sol. El capitán Caspar supo morir valientemente, y "nosotros" lo sabemos.

Una vez junto a la pared, Sisoev volvió su cara al sol, pero tuvo que bajar la vista enceguecida por la luz resplandeciente.

—Ni siquiera para esto sirvo, — pensó con amargura, bajando la cabeza.

En ese momento resonaron tres tiros simultáneos y Sisoev cayó exánime.

Ilustró Premiani.



Una vez junto a la pared, Sisoev volvió su cara al sol, pero tuvo que bajar la vista enceguecida por la luz resplandeciente

Amores de Gente Célebre



Santa Teresa de Jesús

Religiosa y escritora mística española, nacida en 1515 y muerta en 1582; como religiosa, reformó la orden de las Carmelitas, padeciendo en vida duros trabajos y hasta persecuciones de la Iglesia, para ser santificada después de su muerte; como escritora, es quizá la más grande que haya existido nunca y, desde luego, una de las primeras entre los de ambos sexos de nuestro idioma; son sus obras principales el "Libro de su vida" y "Las moradas", y algunos versos místicos muy divulgados.

CUANDO se leen los escritos de Santa Teresa, se siente uno celoso de Jesucristo: a tal punto en ellos se muestra la autora absorbida por su amor al Nazareno.

"Ya toda me entregué y di,
y de tal suerte he trocado,
que mi amado es para mi
y yo soy para mi amado".

Así escribe esta mujer repetidamente, pensando siempre, es claro, en Jesús. Se la lee y queda el convencimiento de que en su corazón no había lugar alguno para otro ser. Por eso siente uno celos de Cristo, su amado.

Sin embargo, Santa Teresa tuvo amores humanos también, y probablemente sería una profanación hablar de ellos si no fuera que, para hacerlo, no tenemos necesidad de otros datos que los de sus propias confesiones; pero la santa escribió su autobiografía y allí refiere, con encantadora sinceridad, sus amores, un amor, mejor dicho, una tentativa de amor que tuvo en su vida, de modo que todo lo que al respecto digamos no será más que repetir lo que ella misma nos dejó dicho.

He aquí, pues, que Teresa de Ahumada (tal es su nombre civil), siendo una chicuela como de quince años dió en leer profusamente libros de caballerías (libros de heroísmo y de amores mundanos) y en frecuentar el trato de una primita que, a lo que parece, era algo más desenvuelta de maneras que lo que convenía a una adolescente. Su padre, que lo supo (la madre había muerto), se la llevó a un convento, lo que no disgustó a la muchacha, pues ya anteriormente había manifestado su vocación religiosa. En el convento se portó correctamente y profesó a los diez y nueve años.

Pero la vida del claustro influyó tan desfavorablemente en su salud, que al poco fué necesario restituirla al hogar paterno para que se curase, y cuando estuvo algo mejorada lleváronla a casa de una hermana casada, en cierta aldea, y "aquí comenzó el demonio a descomponer mi alma — dice ella misma, — aunque Dios sacó de ello harto bien".

El caso es que en el lugar en que se encontraba había un clérigo "de harto buena calidad y entendimiento"; empezó a confesarse con él, y en pocos días el clérigo se le había aficionado francamente. "No fué la afición de éste mala, más de demasiada afición venía a no ser buena". Esto dice la propia Teresa, por lo que toca a los primeros pasos. Luego, acrecentado el afecto, el clérigo llegó a sentirse tan íntimo de ella, que de confesor pasó a confesado, y le declaró que hacia "casi siete años que estaba en muy peligroso estado, con afición y trato con una mujer del mismo lugar". "A mí — observa ella — hízoseme gran lástima, porque le quería mucho..."

La santa asegura que tenía determinado no "hacer cosa contra Dios que fuese grave, por ninguna cosa"; pero es evidente que sólo una especial demostración suya de cariño pudo mover al clérigo a "declararle su perdición", y al conocerla sintió lástima, tal vez celos, y no deteniéndose ahí quiso sondar el secreto, informándose "más de personas de su casa", hasta que llegó a ver "que el pobre no tenía culpa, porque la desventurada de la mujer — es la santa quien habla — le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor de ella al cuello, y éste nadie había sido poderoso de podérselo quitar".

"Pues como supe esto — continúa, — comencé a mostrarle más amor... y esto debía aprovecharle aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho: porque, por hacerme placer, me vino a dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río". Con esto, el hombre abandonó y aborreció a aquella mujer, y al año murió.

Nada más cuenta la santa y seguramente nada más hay que contar de esta relación suya con el clérigo de la aldea, teniendo ella unos veinte años. Pero es bastante para una mujer que pasa por ser el arquetipo de la mujer mística, ya que no cabe duda de que el clérigo estuvo muy enamorado de ella, y puede admitirse que algo lo estuvo de él ella también. En estos tratos — concluye confesando la santa — "hubo ocasiones para que, si no tuviera muy delante a Dios, hubiera ofensas suyas más graves".

Vuelta al convento, a los veintiséis años sufrió una crisis espiritual que la llevó a olvidar las oraciones y a pasarse las horas en el locutorio, recibiendo visitas; pero refiere ella que luego se le presentó Jesucristo, muy airado, y renovó la oración para no apartarse de ella durante el resto de su vida, que fué de sesenta y siete años.



Siempre hay uno que hace Justicia

por E. M. S. Danero

(Colaboración especial para CRITICA)

A la distancia tenía todas las apariencias de un fortín. Recia empalizada ocultaba la casa, separándola del camino, más que tal, serpenteante sendero que desde el poblado llegaba.

Arboles enormes rodeaban la casa y por entre sus gruesos troncos, como calumnas enhiestas, hacíase el trayecto desde el ancho y bajo portalón de la empalizada, siempre herméticamente cerrado.

Desierto estaba el lugar y desiertos sus aledaños. En lo alto de la arboleda el canto ininterrumpido y ensordecedor de los pájaros mezclado, a veces, con el rumor como de mar de las ramas chocando y frotándose unas contra otras. Nada nás. Ni una voz humana, ni un grito, ni un ruido que evidenciara la existencia de una sola persona en aquel rincón de la selva agreste y sombría.

Soledad que tornaba más angustioso el portalón aquel, clausurado, al parecer, desde hacía años; soledad en el sendero cubierto por la hojarasca reseca y polvorienta; soledad en los claros que de vez en cuando aparecían iluminados por los rayos mortecinos de un sol declinante que se filtraba por los intersticios de la verde maraña.

Angustia de todas las cosas abandonadas allí por la mano de los hombres y de la naturaleza. Una sensación de desconsuelo y desesperanza en medio de la vida vegetal que por todas partes surgía, jugosa y exuberante, nutriéndose con aquella tierra negra humosa que se ocultaba bajo la caparazón verde y húmeda que de sus propias entrañas iba brotando.

En algunos trechos, — planta verdosa — las aguas de una charca, inmóviles, reflejando la bóveda verde en la que el cielo, más que visto, barruntábase en los escasos lamparones celestes.

En otras partes, a manera de tentáculos fosilizados de alguna bestia apocalíptica, los raigones de los árboles rajaban el suelo y aparecían malcubiertos por el colchón de hojas secas, cuando el tiempo lo estaba y llegaba hasta ellas el sol; que otras veces, el agua, fermentando en ellas, aceleraba la putrefacción y entonces era un a modo de tapiz blanduzco y maloliente a cuya superficie daban engañadora consistencia las hojas recién caídas.

Soledad y desolación. Tristeza en aquel sendero de trazo casi desdibujado. Desolación en la empalizada variolosa tapizada por las plantas trepadoras y cuya monotonía interrumpía el sólido y clausurado portalón. Soledad en el sendero y soledad en aquel rincón de la selva cada vez más enmarañado, cada vez más tupido, cada vez más sonoro con el canto de sus pájaros que ni siquiera se arriesgaban a descender hasta las charcas para beber.

Y, en medio de aquel desamparo, tronchando el ensordecedor canto de los pájaros y repitiéndose, eco tras eco, en todo el ámbito, resonó seco, característico, inconfundible, un tiro...

Enmudecieron los pájaros; por espacio de unos segundos sólo se escuchó el rumor de las ramas y la hojarasca agitada por el viento. Y, luego, lenta y paulatinamente, reanudaron los pájaros su canción.

Cuando el bosque volvió a su



desolador concierto, era noche casi.

* * *

Bajo, canijo, huesudos los pómulos, oliváceo el color, distinguíase por sus barbas entrecanas y deshilachadas. Era un tipo hermético, silencioso, físicamente repulsivo. En el pueblo, por más que le toleraban, nadie, absolutamente nadie, le quería. Ni vecinos ni comerciantes; ni extranjeros ni indígenas. Taimado, en más de un encuentro, había rehuído el frente, escudándose en su insuficiencia física, más que real aparente, aunque no era ello óbice para que, siempre, indefectiblemente, cargara dos pistolas temibles y bien cuidadas.

Llegaba al poblado muy de tarde en tarde. Hacía sus provisiones y visitaba, sólo unos breves instantes, al administrador de la compañía forestal quien tenía orden de entregarle, vaya a saber por qué concepto, determinada suma de dinero. El hombre aquel, entonces, guardábala al cinturón y, sin cambiar más palabras con nadie, alejábase del pueblo y tomaba al galope de su caballo viejo y como él tan esquelético, el camino del bosque en cuyas sombras pronto se perdía.

¿Quién era? ¿Qué hacía? ¿Con quién vivía? Pocos lo sabían. Un almacenero, el más viejo del lugar, aseguraba que era o había sido hombre de gran fortuna y posición social. Sus mayores, según él, habían sido los propietarios de todas aquellas tierras que luego, trozo a trozo, fueron cayendo en manos del sindicato maderero que, con excepción de los aledaños de la casa, todo lo había arrasado.



Qué hacía, era un misterio; con quién vivía, casi otro tanto. Viudo, tenía una hija, una muchacha morena, de una hermosura salvaje, a la que sólo contadas veces habíasela visto. Constituía ella toda su familia, la única familia que se le conociera, porque cuando llegó a aquel lugar era ya viudo y de su difunta esposa, como de tantos otros detalles de su turmente nada se sabía... Pero, bia existencia, nada, absolutano: algo se sabía: algo, entre las gentes del lugar, había contribuído a hacer nás antipática la figura de aquel hombre tétrico. Era su inquina hacia los negros. Los odiaba, los detestaba, los despreciaba con una vehemencia única. Más de un chiquillo negro había sido víctima de aquel no disimulado rencor. Las mujeres de color le huían y los hombres en determinados momentos llegaron a prepararle alguna encerrona. Así, este rasgo saliente de su turbia personalidad había dado pábulo a todo género de historias y leyendas, no faltando quien le achacara un horrendo y repugnante crimen.

> ## Local, Universal...
>
> *En nuestro ambiente faltaba hasta hace poco, el escritor cosmopolita. Cuando alguno quería serlo, no era más que un plagiario. Si no, era elementalmente típico. Felizmente, empiezan a surgir literatos de clima universal y de sentido de circunstancias. Danero es uno de ellos. Puede hacer un cuento chino, con sensación de vivencia, y puede describir una escena criolla de sabor local.*
>
> *Sus aptitudes se revelan en este intrigante cuento, que a la vez es un cuadro descriptivo y una intención moral.*

* * *

—Se le ven las patas a la sota, — exclamó el almacenero.

Roque, un negro enorme y fornido, echó hacia atrás el chambergo cuyas alas le cayeron sobre los ojos amparándoselos de la violenta luz de la lámpara, mojó en los labios el índice y, lento, parsimonioso, hizo deslizar el naipe hacia abajo. El que venía era, en efecto, una sota, la sota de copas.

—¿No les decía? ¡Si tiene una potra!

El negro recogió el dinero; y luego, pausado, metódico, casi con deleite, volvió a barajar y colocó los naipes en el centro de la mugrienta y desportillada mesa para que partiera el mazo quien quisiera.

Una mano, desde la penumbra, penetró en el círculo luminoso que se derramaba sobre la mesa. Era una mano amarillenta y descarnada; los huesos de las articulaciones parecía resquebrajar la apergaminada piel; y, las uñas, filosas, claváronse en los bordes del mazo, levantando una parte y colocándola cerca del escaso resto que había quedado.

—Por aquí corto yo, — escuchóse que alguien decía.

Roque, el cantinero y los que rodeaban la mesa levantaron la cabeza y miraron. Detrás del negro, casi un fantasma, apareció la figura del misterioso habitante de la casa del bosque.

Roque, leve temblor en la diestra, cogió el mazo y luego colocó dos cartas.

—¡Otra vez la sota! — vociferó el almacenero, recordando los níqueles perdidos en la vuelta anterior.

—Pero esta es la mía... — manifestó el recién llegado, agregando aún: —y, todavía, si los presentes lo permiten, con usted solo, amigo Roque, haré la apuesta.

—Como usted quiera, don Miguel, — musitó Roque.

El hombre, entonces, desenfundando una de sus buenas pistolas, agregó:

—Y si no tiene inconveniente, me juego ésta.

Roque le miró. Echó mano a la cintura y sacando a relucir un hermoso facón, lo colocó, a su vez, sobre el siete de oros que quedara al lado de la sota, y dijo:

—Yo no tengo más que éste, don Miguel, y sentiría que no le sirviera... — y todavía, por lo bajo, añadió, desafiador y ladino, — si es que me gana...

Y no ganó. Salió el siete.

Volvió el mazo al centro de la mesa y tornó don Miguel a partirlo, esta vez cogiendo unas pocas cartas.

—La primera que salga será la mía, — declaró y colocó la otra pistola sobre la mesa.

Fué un tres de espadas.

Hubo un silencio. La mano de Roque acariciaba el dorso de la carta...

—Si sale... — dijo.

—¡Una sota! — vociferó, un energúmeno ya, el bolichero, al ver la carta.

Uno, dos, tres, cuatro, comenzaron a amontonarse los naipes pringosos y abarquillados. Cuando hubieron caído unos diez o doce, la exclamación fué unánime:

—¡Otra vez la sota!

Y Roque, juntando las dos pistolas:

—¡No me podía fallar!...

A los pocos minutos la sombra mal agorera de don Miguel no se perfilaba en la penumbra de la cantina.

* * *

Al filo de las doce, perdida ya la centésima postura, el almacenero se levantó y pasando a la parte trasera del mostrador, abrió un cajón, recontó el dinero y luego, con la frase ue ritual, dió por terminada la velada:

—Ahora, cada mochuelo a su olivo...

Salieron los dos hermanos González, panaderos y hombres de una pieza; el brasilero Coutiño y Roque, el último, acomodando el dinero en el tirador.

—¡A ver si me lo pelan al moreno! — bromeó uno de los González.

—¡No hay cuidado ! — replicó Roque. — Voy con éste... — aclaró por Coutiño, que le acompañaba.

—¡Vaya! Para lo que sirve...

El brasilero masculló un insulto y luego, ya montado, insinuó:

—¿Vamos?

—Vamos, — contestó Roque.

A los contados minutos quedaron atrás las luces del pueblo. La última en desaparecer fué la del fortín, en uno de cuyos ranchos, dos o tres milicos mateaban. Después, al tranco de los caballos, sin habla.. aproximáronse al lugar arbolado.

De vez en cuando las herraduras golpeaban contra algún tronco. Otras, los hierros sacaban chispas al frotar contra las piedras.

—El brasilero extrajo del bolsillo de su blusa un paquete de cigarrillos:

—¿Quieres?

—Bueno... O, mejor, por ahora, no...

Nuevamente, el silencio. Algún pájaro nocturno, espantado, batiendo las alas, pasó rozándoles la cabeza. Nada más; nada, solo el monótono golpear de los cascos de las cabalgaduras.

A la media hora de camino, el brasilero preguntó:

—¿Sigues?

—Sí.

—¿No quieres que te acompañe?

—Por hoy no, — insinuó Roque.

—Bueno, — se conformó el otro. Mañana será otro día.

Coutiño hizo alto en un rancho. Roque siguió al tranco de su caballo. Echó mano al bolsillo, buscó los cigarrillos y se dispuso a encender uno. Pareció reflexionar y los guardó; pero a los pocos pasos, maquinalmente, volvió a las mismas y lo encendió.

Y la luz del cigarrillo fué una luciérnaga más en las tinieblas del bosque...

* * *

A las ocho de la mañana el patrón de la lancha que servía para las comunicaciones con las poblaciones del lado brasileño, amarró su embarcación y saltando a tierra, atravesó el corto trecho que separaba de la costa al almacén de Mario Marino.

Estaba el hombre jadeante y aterrado. Una inusitada inquietud habíase apoderado de su siempre tranquila persona. Cuando estuvo a pocos pasos de la puerta de "La Nueva Italia", desde lejos,



con señas y gritos llamó al almacenero.

Don Mario, que en aquel preciso momento, martillo en mano y clavos en boca, se afanaba en la ejecución de una rudimentaria obra de ebanistería, escupió las puntas en el interior de un herrumbroso tacho y dejando caer al suelo el martillo, se encaró con el lanchero:

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

—¡Don Mario! ¡Don Mario! ¡Venga, venga presto!

—Pero... ¿qué ocurre?

—¡Don Miguel, don Miguel el de las barbas, que se está muriendo!

—¿Dónde?

—Allí no más, sobre la arena, a dos pasos, al otro lado del río.

A los gritos, en tropel, acudieron algunas personas. Como pudieron, algunos cruzaron el río y, en una de las lanchas que hacía agua, convertido en un pelele sangriento y empapado, rescataron de la costa brasileña el cuerpo de don Miguel.

El primero en dominarse fué el teniente comandante del fortín. Con la ayuda del almacenero examinó al herido. Una puña-



lada habíale atravesado el pecho a la altura del corazón. El infeliz casi no respiraba y dada la terrible hemorragia seguro era que no tardaría en expirar.

—Pero... ¿cómo estaba este hombre? ¿cómo le encontraron?

El lanchero explicó. Al cruzar el río había divisado el cuerpo tendido sobre las arenas.

—¿Cómo? — preguntó el oficial.

—¡Qué se yo!

—¿Cara al cielo? ¿Boca abajo?

—Sí... no... ¡No recuerdo!

De los que habían cruzado el río, ninguno recordaba cómo había encontrado al herido. En medio del aturdimiento del primer momento, tampoco habían reparado en la posibilidad de si alguno de ellos mismos, para atenderlo mejor, le había dado vuelta.

—¿Y el arma?

—El arma, sí; aquí está...

Un muchacho entregó el arma. Un facón pequeño, vulgar, reluciente, sin la más mínima mancha de sangre.

El oficial se incautó de él, con visible curiosidad, preguntando:

—Esto, ¿dónde estaba?...

Mas, de los presentes, tampoco ninguno aclaró el asunto ni supo decir si el arma la habían recogido del suelo así, limpia como estaba, o arrancado del cuerpo de don Miguel, quien, a la hora, sin pronunciar palabra, quedó muerto.

* * *

—Tú te vienes con nosotros, también...

La orden del teniente, sin réplica, hizo que Roque, con su ruano, se agregara a la partida. Eran cuatro o cinco milicos y otros tantos vecinos, todos ellos con rumbo a la casa del bosque.

Silenciosa, la cabalgata fué penetrando en su espesura. El calor del mediodía comenzaba a dejarse sentir, de manera que, bajo la arboleda, la gente cobró mayor empeño.

Roque, visiblemente intranquilo, se colocó a la vera del petiso que montaba Marino:

—Y Coutiño, ¿no viene? — preguntó.

—¿Coutiño? Verdad, no le hemos visto esta mañana.

—Andará en sus asuntos.

Callaron. Harto conocían ellos los "asuntos" de Coutiño, hábil y avisado contrabandista. De todas maneras, lo evidente y que no escapó a la innata perspicacia del propietario de "La Nueva Italia", fué la nerviosidad del negro.

—Tú estás mal... ¿Te ocurre algo?

—Nada, que me ha impresionado la noticia...

—¡Natural! Más con la partidita de monte de anoche...

Volvieron a callar obligados por el camino cuyo sendero solo podían seguir de a uno en fondo, esquivando el encontronazo con los enormes árboles.

Llegados que fueron al pie de la empalizada, tras muchos rodeos, descubrieron una puerta pequeña, la cual, una vez violentada, traspusieron.

En el patio interior, un hermoso jardín constituía verdadero contraste con la agreste vegetación exterior. La casa, en el centro, tenía cerradas todas las puertas y ventanas con excepción de una hacia la cual, atropellándose, acudieron los hombres.

Y casi al mismo tiempo, con un grito de espanto de todos ellos, la voz enronquecida e implorante de Roque:

—¡No! ¡No! ¡No!



Contra los vidrios, como si mirara hacia el jardín con sus grandes y desorbitados ojos, acababan de descubrir el rostro exánime de una mujer...

* * *

Estaba muerta y, por lo visto, desde hacía bastantes horas.

Una vez que colocaron el cuerpo sobre el lecho, pudieron todos constatar que se trataba de la hija de don Miguel. Hermosa, en su semidesnudez, llamó verdaderamente la atención de aquellos hombres que no se explicaban tanto misterio.

Al pie del lecho, sollozando como un niño, Roque era el símbolo de un amor desesperado, de una pasión que para todos hasta entonces había permanecido oculta.

—¿Tú la querías? — preguntó el oficial.

—¡Sí, con toda el alma! — prorrumpió el negro, en un sollozo, y todavía agregó, desesperado, casi enloquecido por la visión espantosa: —Anoche, a eso de la una, llegué hasta aquí para verla, como siempre, como lo hacíamos desde hace un año, mientras el padre dormía... Llegué y la vi, así, así como acaban ustedes de hallarla, pegada la cara al vidrio, inmóvil, muerta...

—Muerta; pero, ¿por quién? — interrogó el teniente; y no acababa de pronunciar la última palabra, cuando de un salto, incorporándose, con la mirada llameante y los labios lívidos, el negro desenfundó una pistola y mostró el cargador con una cápsula picada:

—¡Por éste!

—¡El arma de don Miguel! La que perdió con la sota! — aclaró, trémulo, el dueño de "La Nueva Italia".

El arma en la diestra, el oficial dispuso las cosas para trasladar el cadáver hasta la población. Roque lo quiso conducir en su ruano, sosteniéndolo él mismo.

Al abandonar la estancia, el oficial cambió algunas palabras con el administrador del sindicato forestal:

—¡Yo no entiendo nada de esto! ¿Para qué, por qué habría asesinado ese desgraciado a su hija?

El inglés, pausado y categórico, cuando todos hubieron abandonado la pieza, cogió al teniente por un brazo y lo condujo hasta la cabecera del lecho de la hija de don Miguel, y dijo:

—Por esto y por ésta.

Eran dos retratos: uno, antiguo y descolorido, de una mujer negra de una extraordinaria belleza; el otro, moderno al par que de ordinaria factura, con el retrato de otro negro: Roque.

Todavía, el administrador agregó:

—La madre y el amado... Don Miguel odiaba a la primera porque se le había escapado y tenía jurado matar a la muchacha y a este pobre negro por eso mismo, porque se la quería quitar. Cosas de viejo maniático...

* * *

Caía la tarde. En el rancho donde tenía la guardia el fortín, el teniente, ocupado en el sumario íbale dictando a un cabo cuyos primores caligráficos arrancaban crugidos a la pluma.

Se presentó en eso un ordenanza, mate en mano:

—¡Mi teniente!

—Ya te he dicho que no quiero más. ¡Llévatelo! ¡Déjame terminar!

El asistente insistió:

—¡Mi teniente! Es el piquete que trae detenido a Coutiño, quien ha declarado...

—¡Cállate! — vociferó entonces, el teniente. — Ordénales que lo larguen inmediatamente. Ese brasilero borracho, de puro compadre, es capaz de jurar que lo mató al viejo. Que lo dejen libre, y de mi parte, que no lo quiero ver más por este lado del río...— Y prosiguió dictando: "En cuanto a la muerte del vecino Miguel Lerena, en absoluto, ha quedado



establecido que, agobiado por la magnitud de su crimen, él mismo se infirió una puñalada en el pecho, falleciendo a la hora de ser trasladado desde la vecina orilla"...

Ilustró Guida.

La Pierna de Plomo

(Colaboración especial para CRITICA)

El marido se lavó las manos, tintas en sangre, sorprendiéndose del ruido que hacía el agua al caer en el hueco de la pileta. Luego se secó cuidadosamente, como después de un trabajo prolijo, y murmuró:

—Hecho.

A su lado, tendida en el suelo, en la cómica posición de los asesinados por la espalda, estaba su mujer. Se veía el fino ruedo de su ropa interior, con esa descarnada y confusa pornografía de los muertos que se derriban sobre sí mismos, sin llegar a componer sus ropas en el trance final.

El marido contempló la cabellera rubia de su mujer y su semblante tranquilo, desdibujado por la muerte, con sólo aquella su dureza peculiar en un ángulo de la boca.

Levantó el cadáver hasta dolerse del esfuerzo y lo sentó en el sillón Morris que estaba frente a la chimenea. Luego comenzó a pasearse con nerviosidad. Encendió un cigarrillo y resopló ante una copa de alcohol que se bebió de un trago.

—Hecho, volvió a decir y esta vez en voz más alta.

Y, como decidido, atrajo una silla y se sentó frente a su mujer. Al poco rato desenvolvió este extraño monólogo:

—Catalina, no he tenido más remedio que matarte. Lo siento. Me consuela un poco saber que no te he hecho sufrir. Has muerto sonriendo de mi ocurrencia acerca del calefón del baño, mientras yo preparaba a tus espaldas el golpe que debía acabarte. ¿Acabarte? ¿Sabes lo que significa enteramente esta palabra para mí? Acabarte es terminar la farsa, la angustia y el calvario a tu lado. Nunca te he amado. Y la mentira diaria, repetida, para consolar tu romanticismo de mujer que no se resigna a ser esposa y quiere ser amante.

Yo pensaba esto antes... cuando había una lista de sol en mi alma y me parecía que por la entreabierta ventana se colaba el crepúsculo cromado de todas las primaveras del mundo. Apenas seis meses o un año permaneció esta ilusión frente a la puerta del hogar. Después comencé a verte de mañana, con los ojos hinchados de sueño, con tu ropa de dormir arrugada, con tus extraños bostezos y tu mirada estúpida. Y comencé a odiarte. Lo que más me dolía era no tener una queja seria, una queja fundada contra tí. Pero tu hogar, porque en el hogar yo era extraño como una mosca que se dispone a pasar el invierno en su tibieza, me era insoportable. Yo hubiera querido pagarte el hospedaje e irme. Mudarme a otro hotel, a otra pensión. Pero estaba atado a tí por un vínculo que a toda hora me recordaba tu sonrisa mansa y tu ausencia completa de espíritu de contradicción. Y no sabiendo ni quedarme ni irme, tuve que matarte....

Es atroz, Catalina, lo sé, es atroz, pero ¿qué otro recurso me quedaba? Si tú me oyeras, tú que nunca me contradijiste en nuestros cinco años de coyunda, seguramente que aprobarías también ahora mis palabras. Estoy seguro que apruebas con ese tu cadencioso modo de asentir a todo, que te hacía adorable y miserable a la vez. ¡Sí! ¡Sí! ¿Por qué eras así? Yo intenté explicármelo muchas veces y muchas veces me detuve ante una sola solución. Acabarte. Solamente así podíamos encontrar la verdad de nuestras vidas. Estoy hablándote tan confiadamente como si tuviera ante mí mi pierna amputada. Porque yo te maté como si tuviera ante mí mi pierna amputada. Porque yo te maté como si me hubiera cortado una pierna. Una pesada pierna de plomo que no me dejaba andar. Y estoy contemplando el cadáver de mi pierna izquierda, de mi pobrecita pierna izquierda que no servía para nada.

(El marido se ríe opacamente y se levanta. Comienza a caminar con lentitud. Luego se apresura y pasa y repasa delante el cadáver, ya frío, de su esposa. Enciende otro cigarrillo y bebe otra copa de alcohol. Se desata la corbata que le oprime, pero se

VOY, VOY... Es la policía, Catalina... Esta vez, desgraciadamente, ha venido a nuestra casa

arregla la desmelenada cabeza frente al espejo).

—Debería escribir una confesión al juez, grita de pronto, pero ¿para qué? ¿No es cierto, Catalina? ¿Quieres que cuente nuestras miserias y nuestra incomprensión? ¿Para qué? ¡Ya acabaste! ¡Ya acabaste!... Ahora nada se me importa de tu santidad futura. Tú serás la infortunada víctima de un loco, de un desequilibrado y nada más. Tu madre te llorará y también tus hermanos y tus amigas. Y de mí se apartará mi socio y mis empleados... (Reflexivo): Suerte que no tenemos un hijo, ¿eh?, suerte... ¿No te hubiera matado entonces? Pero te dije un día risueñamente, impensadamente: ¡Los hijos dan tanto trabajo! Y tú lo creíste, no quisiste contradecirme y renunciaste... Has fracasado también en esto. Muy bien, y... ¿ahora? ¿qué has ganado?...

(El hombre ríe opacamente otra vez, pero la angustia le hace girar los ojos en sus órbitas con una indescifrable sensación de estupor, (Retoma de pronto

> ## Fuerte, Hondo
>
> *Nicolas Olivari sabe, como pocos, arrastrar a sus lectores, aun sin necesidad de intrigas ni argumentos. Su habilidad es dar una sensación tan penetrante de la realidad que no deja pasar indiferentes las atenciones. Es fuerte, es hondo, como lo comprobará el lector en el presente relato.*

el hilo de su trágico monólogo y murmura):

—¡Es cierto que tampoco querías a las sirvientas!... ¡Las maltratabas tanto! Y aquel perro, ¿recuerdas aquel perro a quien mataste de hambre?... Eras original, Catalina; muy original. Me amabas, me consta que me amabas, pero hacías sufrir a los extraños... Yo, acaso, te maté por los extraños. Te acabé en su nombre como quien extirpa un órgano que no funciona bien. Mi pobrecita pierna amputada, eso eres tú, mi pierna cortada, la pierna que me dolía tanto... Yo sé que no puede haber en el mundo un crimen más estúpido, más insensato que el mío... Si siquiera hubieras tenido un amante. Pero eres la misma fidelidad... La fidelidad de la pierna izquierda que obedece siempre y marcha, marcha hasta donde uno quiere. No reaccionaste nunca, ni para darme un puntapié. Y con toda mi imperfección, mi impostura y mi miseria, me tomaste por Dios. Debía castigar en ti esa monstruosa heregía. ¿Acabarte, como lo hice? ¿Qué otra cosa merecías, Catalina? ¡Ah!, sonríes. ¿Es que por fin comprendes? ¡No! ¡no!, tu perdón, no! Ya soy el sin perdón, pero no el sin justificación. Y ahora a llamar a la policía...

El hombre se revuelve nerviosamente. De un salto se acerca al teléfono y se oye el rumor confuso de una siniestra confesión. La mujer, herida por un rayo oblicuo de luz, lo mira lejanamente, con esa mirada fría y vacía que humedece los ojos de los pescados. El hombre parece sentir el incubo de esa mirada, porque se adelanta hasta el cadáver y lo increpa):

—Debería cerrarte piadosamente los ojos, pero entonces ¿cómo me escucharías? Y yo debo confesarte por qué te he matado. Comprenderás muy bien Catalina que si te he muerto te debo una explicación. Si no te explicara a ti la razón de tu muerte, ¿qué podría decir a la policía, al juez? A ellos les daré una excusa cualquiera o no hablaré. ¡Total!, sé que me enterrarán vivo en una celda, por muchos años. Pero ya no te tendré a mi lado, Catalina; ya no tendré tu sumisión y tu adoración; ya no tendré mi pierna de plomo! (El hombre ríe quedamente agarrando con ternura su pierna izquierda). Mi pobre pierna de plomo eres, Catalina; mi pobre pierna de plomo, muerta. Porque sólo con tu presencia, silenciosa y material, has pesado sobre los más bellos ideales de la tierra. He tenido tus besos, pero no tuve tu camaradería. Y he medido, con los cabellos erizados de espanto, el insondable abismo de nuestra incomprensión. Aquel agitarse en vano tras un rayo de tu inteligencia. Aquel huír de tu beso pesado, fastidioso, insidioso, equívoco, para no encontrar nunca un camarada apretón de manos. Yo quisiera explicarte el suplicio infame de mi soledad a tu lado. Aquel derribo lento de todas mis noblezas, ante la avalancha de tus palabras inútiles, refiriéndome los amores de la cocinera. Aquel pensar en la belleza luminosa de la vida soñada y aquel caer sobre tus labios manchados con las pobres palabras que hablan mal del vecino. Aquel detenerme en el umbral de tus labios, cuando me abalanzaba a decirte algo grande y sereno, bañado de sol, barrido de vientos de campos fragantes, cargado de cien mil luminosas estrellas del cielo, porque sabía que te encontraba fría a mi emoción, ausente a mi anhelo como una estatua. Y todo esto y mucho más, Catalina... mucho más antes de acabarte, mi pobre pierna de plomo. Y tú me querías como quiere un perro a su amo y yo te tuve que sacrificar, que acabar serenamente, pensando tan sólo en no hacerte sufrir. Por eso elegí el instante en que estabas de espaldas, riéndote del misterioso insecto que te dije haber descubierto en el calefón del baño y elegí la parte blanda, entre tus omóplatos, donde el cuchillo corrió tan suavemente...

(Llaman fuerte a la puerta. El hombre se incorpora de su asiento y escucha).

—Voy, voy... Es la policía, Catalina... Esta vez, desgraciadamente ha venido a nuestra casa... Pero, ¡cómo te hubieras alegrado, Catalina, si este drama nuestro lo hubieran vivido los vecinos del departamento B, esa pareja de recién casados, cuya felicidad te lastimaba! ¡Cómo te hubiera gustado, Catalina, acechar el momento en que los vigilantes se llevaban al marido, acusado de asesinato en su esposa, en su propia esposa... Felizmente, Catalina, yo intercepté el anónimo que tú le enviabas, fabricando un pasado de culpa a esa pobre vecinita. Otro mal paso de mi pierna de plomo, tan mala, tan torcida... Mi pobre pierna de plomo que ahora andará derecha... tan derecha...

(Se vislumbra en la estancia el metal de los botones de un policía. Atrás se agitan confusamente algunas sombras. El hombre grita):

—Yo soy, yo soy. No busque usted más... Yo soy el asesino...

por Nicolás Olivari

Ilustró Premiani.

Aves Misteriosas

por M. MURATOY

(Traducción especial para CRITICA)

TODO iba bien hasta el día en que Demetrio cayó enfermo, empezó a decir el viejo lobo marino. Es una verdadera lástima que no se haya muerto entonces: en tal caso yo y Teodoro no hubiéramos tenido tentos disgustos por culpa de aquél... Le vuelvo a repetir, señor, que Demetrio fué muerto en una guerra. La pelea en que pereció se podría llamar una cacería, pero usted no me creería, sabiendo que en esta isla no hay fieras...

En realidad la cosa sucedió así: Después de habernos salvado del naufragio vivíamos los tres muy contentos en esta isla. Mientras teníamos suficiente cantidad de ron, nos pasábamos los días tomándolo en compañía de nuestras mujeres indígenas y cantando a voz en cuello las canciones de marineros que solíamos cantar en nuestros viajes alrededor del mundo. Todas las mañanas, el negro Ma-Iku, venía a mi choza y, sentándose en cuclillas, se frotaba el vientre. Con el correr del tiempo empecé a comprender su lenguaje; a veces, cuando me encontraba de buen humor, le permitía hacer dos o tres tragos de mi botella. Me desternillaba de risa al verlo entonces hacer muecas y dar cabriolas de placer.

Una mañana, Ma-Iku entró en mi cabaña con un aire triste. Se sentó en cuclillas, como de costumbre, pero no pedía ron, sino murmuraba algo en su idioma, apoyando la cabeza en la mano. Me di cuenta en el acto que el indígena quería decirme que Demetrio se había enfermado. Resolví echar en el olvido la querella que nos había distanciado durante los últimos meses e ir a ver a mi antiguo compañero que vivía en el extremo opuesto de la aldea. Sin demora me puse en camino, seguido por Ma-Iku.

Demetrio yacía en el suelo sobre un montón de hojas secas, pálido y enflaquecido, tiritando de fiebre. Al verme, pronunció con voz apenas perceptible:

—Gracias, Felipe.

Me sentí avergonzado y, para disimularlo, solté una carjajada... No se puede guardar rencor a un amigo con quien uno ha navegado durante cuatro años, sobre todo al verlo tan lívido y desamparado. Eché a Demetrio una mirada llena de compasión. En este momento, con gran asombro mío, vi cerca a su cabecera una pequeña imagen de ave esculpida en madera, idéntica a las que habíamos visto en todas las chozas de los indígenas, lo que nos indujo a llamarlos "adoradores de los gansos".

—Esto no ha de ayudarte a recuperar tu salud, viejo — dije enseñando la figurita y sonriéndome.

Pero, cuando Demetrio me comunicó que había mandado llamar a un curandero, me indigné.

Aquel día ardía en deseos de curar a Demetrio, ¿pero en qué podía serle útil si no tenía a mano ningún remedio ni podía prestarle ayuda alguna, a no ser utilizar mi puñal para cavarle la fosa? Era imposible conseguir un médico en aquel lugar separado por millares de millas de algún pueblo civilizado.

Al poco rato vino el brujo indígena.

Entró aquél, acompañado por un mancebo. Creo que no hubiera podido caminar solo, pues, estaba envuelto, incluso la cabeza, en un manto de hojas y ramas secas.

El muchacho dió al enfermo una taza de barro con una poción que Demetrio empezó a tomar a tragos. Entretanto el curandero sacó una flauta que aplicó a su boca. El instrumento musical estaba hecho de un hueso semejante al de la pierna humana, pero de tamaño más grande. ¡Dios mío! ¡Si viera usted lo que le pasó en aquel momento a Demetrio!... Sin haber terminado de beber el remedio lo colocó a un lado, se puso de pie de un salto, arrancó de las manos del hechicero el hueso y empezó a observarlo con suma atención. Luego lo devolvió al anciano, se desplomó en su lecho y quedó profundamente dormido... Los indígenas salieron de la choza.

Aquella noche, sentado junto a la cabecera de Demetrio, escuchaba yo las palabras incoherentes de éste, que se me antojaban un delirio.

—Estoy en mi cabal juicio, Felipe — decía el enfermo con voz débil. —Creémelo y no me mires con esos ojos tristes.

Con estas palabras se incorporó en su jergón, con las mejillas encendidas y los ojos chispeantes. Siempre nos ha parecido un hombre algo raro. Dios lo ha dotado de una imaginación excepcional; en cuanto a la instrucción, no cabe la menor duda de que la tenía muy superior a la nuestra. De los pormenores de la vida de los indígenas, que nos parecían insignificantes, Demetrio hacía deducciones de carácter científico y nos aseguraba luego que teníamos a nuestro alcance la posibilidad de efectuar grandiosos descubrimientos. Estaba convencido que en las islas existían unas aves gigantescas que habían desaparecido en el resto del mundo desde la época antediluviana. Según él, nuestra obligación moral para con la humanidad consistía en conseguir aunque sea un ejemplar de aquellos animales prehistóricos, vivo o muerto.

A los pocos días después de mi conversación con Demetrio, éste sanó por completo. El brujo negro había curado su cuerpo pero había envenenado su alma.

No bien mi amigo había recobrado sus fuerzas, emprendimos el viaje. Llevamos nuestras escopetas y una canoa, pues Demetrio aseguraba que del otro lado de las montañas, las que no se atrevía a subir ninguno de los negros, había un río que tendríamos que cruzar. Provistos con suficiente cantidad de provisiones y de balas, nos pusimos en camino.

Empleamos cuatro días para subir la montaña y bajarla del lado opuesto; al pie corría un río anchísimo. Botamos la canoa al agua y nos pusimos a remar por turno. La travesía resultó dificultosa, pues la corriente era muy rápida y la teníamos en contra. Por fin, al anochecer, llegamos a la orilla opuesta. Sacamos nuestra embarcación y encendimos una hoguera. Después de haber cenado decidimos dormir por turno.

A mí me tocó la guardia hacia la hora del amanecer. Estaba yo sentado junto a la fogata que se extinguía poco a poco. De pronto a mis oídos llegaron lejanos graznidos. Mi corazón de cazador dió un brinco. Movido por el deseo de preparar una sorpresa a mis amigos, resolví no despertarlos y tomando mi escopeta, me arrastré hacia un recodo de la orilla, donde frondosos y tupidos árboles inclinaban sus ramas casi hasta la superficie del agua. Al echar una mirada desde mi escondite quedé atónito. Vi de lejos cuatro aves de enormes dimensiones, con las piernas gruesas y el cuello largo y flexible, rematado con una pequeña cabeza con un pico agudo y unos ojos grandes y rodeados de círculos bermejos. Confieso que la vista de aquellos monstruos me infundió terror. Sin embargo alcé mi fusil e hice fuego. Acto seguido desde todos los ámbitos de la selva resonaron graznidos que se unieron a los de las aves que huían. Momentos más tarde todo volvió a sumirse en el silencio.



Vi de lejos cuatro aves de enormes dimensiones, con las piernas algo gruesas y el cuello largo y flexible...

Demetrio y Teodoro, despertados por el ruido atronador, acudieron a mi lado acosándome a preguntas acerca de lo acontecido. Demetrio observó con suma atención las huellas de las patas de los gigantes en la arena, mascullando algo entre dientes y meneando la cabeza.

Escondimos la canoa en un lugar apartado de la costa, y nos internamos en el bosque. Cuando, por fin, llegamos a un claro, había cerrado la noche. Nos dispusimos a pernoctar allí, ubicándonos en una cueva, de las que había varias en las faldas de la montaña. Comimos con apetito y dormimos bien.

Al rayar el alba nos despertamos sobresaltados oyendo gritos atronadores. Nos acercamos a la entrada de la cueva y quedamos pasmados: a nuestros ojos se presentó una inmensa llanura cubierta con bandadas de enormes aves. Sus graznidos estruendosos llenaban el aire matutino. Creo que las trompetas de los arcángeles el día del Juicio Final no producirán sonidos más ensordecedores.

Y no vaya a creer, señor, que aquellas aves gigantescas se habían aglomerado en un montón. Nada de eso. Los monstruos avanzaban hacia nosotros en filas bien formadas, manteniendo entre sí distancia determinada y marchando al compás. Era un verdadero ejército que tenía su jefe, al que obedecía. Era un enorme ganso que ostentaba en su cabeza un penacho rojo, del que carecían sus congéneres. Corría a lo largo de las filas, que lo saludaban con un cloqueo unánime. ¡Si viera usted con qué aire valiente se acercó este cabecilla a nuestra cueva y estiró su cuello! Era evidente que nos declaraba la guerra. No tuvimos más remedio que aceptarla, tanto más que las filas de las aves se nos acercaban con visible intención de atacarnos.

Hicimos fuego; tres gansos cayeron muertos. Por lo visto, el estampido de nuestras armas seguido por el fuego, provocó el pánico en el ejército de aves, que huyó despavorido. Esta vez lo hemos vencido.

Sin embargo no nos atrevimos a salir en seguida de nuestro refugio. Nuestros enemigos al alejarse habían dejado sus centinelas para observarnos de lejos. Estábamos sitiados de acuerdo con las reglas militares. Nos dábamos perfecta cuenta de que, en caso de salir de la cueva, nos amenazaba la muerte inminente.

Pasaron tres días y nuestras provisiones tocaban a su fin. Viendo que, de todas maneras, íbamos a perecer de inanición, decidimos salir de nuestro escondite, lo que hicimos al atardecer del cuarto día.

Naturalmente, el hecho no pasó inadvertido para los centinelas cuyo cloqueo repercutió a través de la llanura, repetido en el acto por sus congéneres.

Corríamos a toda prisa hacia el bosque, pero los gigantes de plumaje negro nos pisaban los talones y al poco rato nos rodearon. Hicimos fuego, dando muerte a unos cuantos; pero sus filas volvieron a juntarse para seguir atacándonos. De pronto vi a uno de los monstruos abrir su pico y agarrar a Demetrio por el brazo, dándole al mismo tiempo un formidable golpe en el pecho con su pata... Era demasiado tarde para acudir a la ayuda de nuestro pobre amigo... La muerte de éste nos salvó a nosotros; mientras todos los gansos se agruparon alrededor de él con silbidos furiosos, logramos huir, protegidos por la oscuridad de la noche que acababa de caer.

Es evidente que Dios protege a los marineros: en aquel momento trágico de nuestra vida, el mismo cielo acudió en nuestra ayuda. Se desencadenó una tormenta formidable que ahuyentó a nuestros enemigos. Llovía a cántaros, los relámpagos se sucedían casi sin interrupción y los truenos ensordecedores conmovían la atmósfera cargada.

Echamos a correr con dirección al río. Dios sabe cómo logramos nuestro propósito. En todo caso, ya ve usted que salimos sanos y salvos de aquella prueba. El que se pasó toda la vida navegando no tiene miedo al agua, ya sea debajo de sus pies o encima de su cabeza.

Al amanecer, la tormenta amainó. Llegamos a la orilla del río, sacamos la canoa del lugar en que la habíamos guardado y atravesamos el río, llegando a la aldea rendidos y semimuertos...

Ya ve, señor, que no le he mentido al decir que Demetrio había perecido en la guerra.

Ilustró Premiani

FOUCHÉ "EL DEMONIO" (Continuación)

(Viene de la pág. 2)

Fouche acercándose, sin saberlo, a la recuperación de su poder y de su dignidad política.

Por fin, el cónsul, que revienta de deseos incomprendidos, está a punto de explotar cuando alguien que ha adivinado sus pretensiones se adelanta a ofrecerle lo que él tanto ansía: el imperio dinástico. Ese hombre es Fouché, cuya proposición imperial al Senado no termina hasta la coronación de Su Majestad el Emperador Napoleón I.

En premio, Fouché retorna a su Ministerio de Policía

Con Talleyrand

Claro que, a pesar de todo, entre aquellos dos hombres no podía establecerse ninguna cordialidad, ni siquiera una lealtad llana. En el fondo, se odian y sólo están juntos porque se necesitan. Poco tarda Fouché en jugarle al emperador una mala pasada y poco tarda el emperador en decirle furioso: "Es usted un traidor; debía mandar fusilarle". Pero Fouché baja la cabeza y observa: "No soy de esa opinión, sire", y el déspota ante quien nadie se atreve ni a levantar la voz, no se siente capaz ni de substituir en el puesto al ministro.

En el ministerio imperial hay otro hombre temible: Talleyrand, el rengo, el aristócrata, el temible murmurador, capaz de derribar una fama con un chiste. Talleyrand y Fouché se odian. Un día, dice el aristócrata: "Fouché desprecia tanto a la humanidad porque se conoce bien a sí mismo"; pero, otro día, al ser nombrado Talleyrand vicecanciller, replica el ex seminarista: "Il ne lui manquait que ce vice-lá". "No le faltaba más que ese vice (vicio)".

Napoleón conoce esa mortal enemistad y la utiliza para su tranquilidad propia. Mientras los dos hombres más temibles del ministerio se odien, ninguno de los dos hará ni intentará nada contra él; el otro lo denunciaría al instante.

Los enemigos aliados

Un día, sin embargo, los dos lobos se entienden. Napoleón acaba de emprender la descabellada guerra de España, sólo por darle una corona a su pobre hermano José, que no había donde ubicar. Tanto Fouché como Talleyrand, se oponen a la empresa. Mientras el emperador, acaso durmiendo en un sucucho de Valladolid, al frente de sus tropas, los dos ministros entran en contacto.

Nada podía asombrar tanto a París (que conocía la enemistad de los dos pillos y se divertía de ella) como aquel entendimiento de Fouché y Talleyrand. Inmediatamente se sabe por toda Europa y el príncipe de Metternich puede escribir satisfecho a Viena: ¡vislumbran un contraste para el déspota inaguantable!

Pero también los hermanos y demás familiares de Napoleón vigilan los acontecimientos en la corte. Pronto, a todo vapor, le envían mensajeros a Napoleón, y pronto el emperador, más rápidamente, sin un minuto de descanso, regresa a París y en escena pública veja y destituye a Talleyrand.

¿Y Fouché? No se olvide que jamás cuando Fouché ha fracasado en compañía de otro ha llevado él el castigo. Continúa en su puesto.

Fouché buen reemplazante

Sin la presencia de su enemigo y rival en el ministerio, Fouché es ahora el hombre de la situación. El emperador se va a guerrear con Austria y Fouché queda, provisionalmente, a cargo del Ministerio del Interior.

Toda Europa, inclusive Francia, está harta de rendir vidas a la manía guerrera del corso ascendido a emperador. A poca iniciativa que haya para resistirle, el continente se alzará contra él. Los ingleses, más resueltos, aprovechan la ocasión y desembarcan. Tras su llegada se producirá el levantamiento de los demás pueblos.

Pero ¿quién había olvidado que Fouché había organizado en pocos días, durante su delegación en Nantes, un ejército de diez mil hombres para defender a la Convención? Aquel Fouché reaparece, ante la sorpresa y el espanto de los demás ministros; sorpresa, porque no lo creían capaz de ello, y espanto porque lo ven tomar medidas militares extremas, sin contar con Su Majestad.

El hecho es que Fouché contiene a los ingleses y, con ellos, a la insurrección europea. En vano el ministerio quiere inducir al emperador a castigar la osadía del ministro; Napoleón aprueba las disposiciones de Fouché y sólo cuando Fouché se extralimita realmente y continúa movilizand tropas y trasladando ejércitos sin haber ya enemigo al frente, le ordena con amabilidad Napoleón que detenga sus actividades de "Quijote que combate con molinos de viento" y le concede el título de Duque de Otranto.

Una jugada loca

Si hasta entonces no había sabido Fouché moderar sus ambiciones ¿cómo las moderaría después de sentirse duque y de haber demostrado que, gracias a él, Francia podía defenderse también sin Napoleón? El señorío del mundo la tentaba. El también quería ser árbitro de los destinos humanos.

Siempre buen palpitador, Fouché advirtió todo el cansancio guerrero de Europa y el ansia de paz. Aprovechó, pues, la conyuntura de la intervención inglesa para iniciar negociaciones pacíficas. Al comienzo, el emperador accedió al trato; pero pronto tiró las negociaciones por la borda y restableció las hostilidades.

He aquí el momento en que Fouché se decide a jugarse la carta más arriesgada de su vida y también, por qué no decirlo, la más noble por sus fines inmediatos, aun cuando en el fondo quizá sólo persiguiese la satisfacción de su propia ansia de intriga. Fouché continúa por su cuenta, fingiendo la aprobación del emperador, las negociaciones interrumpidas.

Es una jugada loca, pero no por eso menos valiente y menos noble. Es claro, Napoleón la descubre y se siente traicionado. Esta vez no tiene más remedio que volver a tomar una medida decisiva: despide al ministro audaz.

Se va, pero con los papeles

En esta oportunidad, empero, Napoleón no puede despedir a su temido ministro sin que el pueblo se sienta disgustado. No en balde Fouché había seguido negociaciones de paz: sufría por una falta que a ojos del pueblo era todo lo contrario.

Dándose cuenta de ello, Fouché no pensó en retirarse así no más, como la vez anterior. Muy amablemente, pidió a su reemplazante que le permitiera aplazar por unos días la entrega de la cartera, a fin de poner orden en todos los papeles que allí había. El reemplasante no vió en ello ningún inconveniente y accedió.

Por espacio de varios días, Fouché, encerrado en su despacho, revolvió papeles, hizo atados, alimentó la estufa. Luego, entregó el ministerio.

El nuevo jefe tardó poco en advertir la trampa de que se le había hecho objeto. Su antecesor se había llevado o había destruído toda la documentación policial que permitía la marcha de la institución. Corrió a contárselo al amo y éste comprendió al instante que no sólo había perjudicado a la institución que acababa de saquear, sino que entre aquellos papeles que se llevaba, iban seguramente muchos testimonios poco tranquilizadores para el emperador, por ejemplo, la constancia de la vida nada honesta de sus propias hermanas, las hermanas de Napoleón.

El déspota se irrita. Además, descubre un nuevo secreto de las negociaciones de Fouché con los ingleses. Se sobreirrita. Clama, truena, está furioso, necesita dar un latigazo al infiel. Le había ofrecido nombrarlo embajador en Roma, pero le escribe una carta diciéndole que "sus servicios son ya indeseables" y que debe retirarse inmediatamente a su senaduría. Por otra parte, tiene que devolver los papeles que ha hurtado del ministerio.

Obligado a viajar

Fouché no ha devuelto todos los papeles, desde luego; pero Napoleón está tan excitado contra él, que ya ni se acuerda de temerle. El senador no tiene más remedio (y es todavía un favor que se le hace) que retirarse a Aix.

Cinco años, de 1810 a 1815, permanece Fouché en su tercer destierro. La adversidad se le ha echado encima, resueltamente. No es ya nadie y, para colmo de los males, pudiendo ser aún buen esposo pierde a su adorada compañera, a la fea y fiel esposa que le había acompañado en todos los instantes, que le amaba y que jamás había querido compartir con él otra cosa que las desdichas, las desdichas que se llevaban en el seno del hogar, donde ella actuaba, no habiendo querido nunca actuar en los salones, ni menos en la corte, donde se llevaban las glorias.

El férreo batallador está hundido. Ya no le interesa nada en el mundo, ni el poder. Pero ahora es Napoleón el que le obliga a trajinar. El emperador regresa a París derrotado: los hielos rusos han consumido su ejército. ¿Cómo es posible que quede en Francia, en tales momentos, un enemigo tan temible como su ex ministro? Napoleón, mientras prepara la nueva invasión a Alemania, llama a Fouché y le confiere el cargo de administrador de los territorios ocupados de Prusia, luego, queriendo alejarlo más aún, lo envía a Iliria, estado de opereta, allá por los Balkanes, creado artificialmente por Napoleón.

Pero Napoleón sufre en Leipzig una nueva derrota; Iliria se pierde con gran contento de Fouché, y el administrador forzado intenta volver a París. Napoleón tiembla ahora más que nunca. Fouché no debe poner los pies en Francia. Le ordena que vaya en seguida a Nápoles, entre otras cosas, a recordarle a Murat (el cuñado del emperador) su deber ante la amenaza enemiga.

Fouché va a Nápoles, en efecto, y resulta que Murat, el fantástico general de caballería, ahora cuñado del emperador y rey se pone en acción, pero en contra de su cuñado. ¿Qué hizo allí Fouché? No se sabe.

Nadie esperaba a Napoleón de regreso de Egipto, nadie, excepto Fouché, que conocía su apresurado viaje para imponer a Francia su mano férrea

Ahora, no quiere

Napoleón cae estrepitosamente de su trono. Luis XVIII, con los tres emperadores detrás, lo ocupa.

Fouché es otra vez libre. Podía ir a ofrecerse al rey, pero no ha perdido el olfato: Luis XVIII viene a ocupar el trono de Francia como si por Francia no hubiera pasado nada en aquellos años, y su gobierno es un continuo desacierto. Aquello no puede continuar.

Así que el ex seminarista escribe a Napoleón una carta aconsejándole que se vaya a América; si el déspota vuelve, él podra decir que no lo ha abandonado en la desgracia; y a Luis XVIII le envía una copia de la carta; si el rey se queda, podrá decir que él le aconsejó el alejamiento a Napoleón.

Nadie le hace caso, empero. Va a la corte, pero los nobles reales le vuelven la espalda. Hasta que llega la noticia aterradora: el emperador preso en la isla de Elba, ha desembarcado en Francia y avanza victorioso, arrastrando los corazones y las armas, en dirección a París.

El momento es trágico. Luis XVIII tiene a todos los republicanos en contra. Comprende ahora que debe conquistárselos. Pero ¿cómo? La idea surge en la corte: hay que darle un ministerio a Fouché.

Claro está que Fouché no acepta — le ofrecen un cadáver — y despide con una sonrisa despectiva a los nobles que van a ofrecerle el cargo.

Todavía con Napoleón

Llega Napoleón a París, entra en las Tullerías, se sienta de nuevo en su trono, aclamado hasta el delirio por toda la nación. ¿Quién en tanto le ha sido fiel? Fouché. Cuando el mismo mariscal Ney le falló, sólo Fouché se negó a ser ministro del rey y aun se vió perseguido por la policía real como sospechoso de conspiración napoleónica.

Napoleón es demasiado inteligente y conoce demasiado a Fouché para creer en aquella lealtad. ¡El zorro sabía lo que se pescaba! Si el triunfador hubiese sido el rey, a él sé habría plegado. Pero peores han sido los demás, que lo han abandonado de todos modos. Ni a sus hermanos halla presentes el emperador. Sólo está allí el duque de Otranto, Fouché. Napoleón lo nombra por tercera vez ministro de policía.

Es la última, naturalmente; pero ahora el que cae no es Fouché: ¡es Napoleón!

Waterloo

Waterloo tiene lugar. Allí sucumben todos los sueños y todas las posibilidades del maravilloso emperador. Sucumben por error de táctica, por la falta de un compañero: no importa; sucumben porque ya no podían seguir en pie.

Napoleón quiere todavía mantener el imperio para su hijo. Pero no es posible: sólo se desea su abdicación absoluta. O su retiro o nada. Y es Fouché precisamente, el que le empuja a la abdicación.

"¡Sólo un traidor verdadero, perfecto, he conocido: Fouché!" dice Napoleón, más tarde; y Fouché, por su parte: "No he sido yo quien ha traicionado a Napoleón, sino Waterloo".

Presidente de Francia

Fouché, con la renuncia de Napoleón en la mano, se presenta a la Asamblea de Diputados a leerla y propone el nombramiento de un directorio de cinco miembros, seguro de ser elegido entre ellos. Se elige el directorio y sale entre los cinco él, pero al votarse la presidencia de la corporación resulta electo Carnot por 324 votos, contra 293 que obtiene Fouché.

¿Se le ha escapado de las manos la presidencia de la nación? Nada de eso. Al reunirse por primera vez el directorio, dice Fouché, como quien no quiere la cosa: "Ha llegado el momento de constituirse". Carnot pregunta: "¿Qué entiende usted por constituirse?" Y responde Fouché: "Pues elegir nuestro secretario y nuestro presidente" y añade, ceremonioso, dirigiéndose al mismo Carnot: "Yo le doy, desde luego, mi voto para la presidencia". Carnot muerde el anzuelo y dice con fineza: "Y yo a usted el mío".

Fouché se tenía trabajados a dos miembros del directorio, que lo votaron; con el voto de Carnot, eran tres; quedaba elegido presidente.

Ministro del rey

El rey Luis XVIII (el rey Pepino, le llaman), está ansioso por [illegible] a París. Sólo Fouché puede abrirle las puertas. Pero Luis XVIII se niega a pagar el precio que le exige el asesino de su hermano, el "mitralleur de Lyon". El precio es un ministerio.

Cuando él mismo y todos sus leales ven que no queda otro recurso que acceder a la exigencia, se ultima el trato. El descendiente de San Luis entra nuevamente en París y Fouché es nuevamente nombrado ministro de Policía. En el ministerio, vuelve a encontrar a Talleyrand.

Cuando Carnot advierte la traición, se la escupe en la cara. Pero eso no inmuta a Fouché, que ha nacido para no reparar en pequeñeces.

Un fantasma en la corte

Sin embargo, Fouché ha llegado a su límite. Es servicial al reino, pero en la corte vaga como un fantasma la duquesa de Angulema, la hija de Luis XVI y de María Antonieta, la que asistió al suplicio horrible de sus padres y no lo conoce de oídas, como su primo el rey. Ella no puede pactar, bajo ningún pretexto, con uno de los asesinos de sus padres. Huye por los salones y las galerías de la corte cuando lo ve.

La duquesa de Angulema acaba por levantar el odio contra Fouché en la corte, que el ministro tiene que retirarse. Y es justamente Talleyrand el que, con su fineza de siempre, con su puñal elegante, le da la despedida. "¿No le gustaría, duque de Otranto, un puesto de embajador en Norte América?"

Fouché se muerde los labios. Sabe lo que aquello significa. Lo echan. Ya [illegible] de él.

Ostracismo y muerte

El ministro se ha casado en segundas nupcias con una hermosa joven de la nobleza, a la que puede entregar su inmensa fortuna. El rey para cubrir las apariencias todavía, lo nombra embajador en Dresde; luego lo destituye y lo despoja de todo título y honor.

Fouché ha caído en la más absoluta desgracia. No es nadie en Francia y, habiéndose dictado una ley de amnistía, él queda excluído. No puede volver allí. Tampoco en los demás pueblos europeos, amigos del rey, lo quieren. Su antiguo aliado, el príncipe Metternich, sólo con mil restricciones le permite que viva en Praga; luego, ni allí se le consiente vivir.

Tiene que ir a Linz, un apartado pueblecillo austríaco. Está viejo, bilioso, malhumorado, y se dice que su joven esposa no le es fiel.

De Linz le permite Metternich pasar a Trieste, pero sólo porque sabe que es una gracia que concede a un moribundo. Fouché quema todos sus papeles — acaso su último acto generoso, — y completamente olvidado del mundo muere el 26 de diciembre de 1820.

Ilustró PREMIANI

CUADERNOS DE CULTURA

UNA editorial valenciana acaba de poner en circulación unos "Cuadernos de Cultura" de formato menor, muy manuable, unas setenta páginas y treinta centavos de precio.

En cada cuaderno, un especialista de nombre trata un problema determinado de la cultura humana, sea en la rama filosófica, en la científica o en la artística. El pueblo, pues (a quien particularmente va dirigida la publicación) tiene así un resumen claro, preciso y completo de los temas culturales más importantes.

Se han publicado ya unos treinta cuadernos con títulos muy interesantes, por ejemplo: "Socialismo", por Martín Civera; "Introducción a la filosofía", por Fernando Valera; "Sistemas de gobierno", por Mariano Gómez y González; "Escritores y pueblo", por Francisco Pina; "Sindicalismo", por Angel Pestaña y otros más.

UN LIBRO PARAGUAYO

En un volumen que ostenta el triple título de "Siluetas femeninas", "Los españoles en el Paraguay" y "El ocaso de los grandes hombres", el señor Silvano Mosquera, funcionario público paraguayo, reune unos cuantos artículos, cartas privadas (suyas a otros y de otros a él) y arengas que ha producido en estos últimos años sobre mujeres interesantes, sobre labor pública desarrollada en el Paraguay por los españoles, y sobre el ocaso de Darío y de Rodó.

El señor Mosquera es un alma pura, sin ninguna picardía.

A.M.D.G.

Secretos de los Jesuítas

"En el pecado va la penitencia", dice el proverbio, y los jesuítas pueden corroborarlo. Su pecado ha sido su castigo. ¿Pecado? Excesiva ambición al poderío del mundo. ¿Castigo? Su mala fama.

Constituyen, en efecto, la orden religiosa de más mala fama que hay. En el seno de la iglesia y fuera de la iglesia, no hay orden religiosa que haya sido más discutida, perseguida, vilipendiada, execrada. Los príncipes se han ensañado con ella especialmente, decretando su expulsión en multitud de ocasiones.

Y es que los jesuítas nacieron con un irresistible espíritu de milicia, se formaron, no como otras hermandades, para contemplar a Dios o para ejercitar la caridad, sino para combatir. Loyola era un soldado y como soldado fundó su orden; y la orden tuvo desde el comienzo una férrea organización militar.

Se han metido, pues, los jesuítas en el mundo, Otros se convertían a la religión para renunciar al tráfago mundano. Ellos se convirtieron para arrojarse sobre el mundo. "No he venido a meter paz sino guerra", dijo Jesús en memorable oportunidad; y aunque los jesuítas no han recordado nunca estas palabras cristianas, podrían haberlo hecho como si fueran propias. "Hemos venido a meter guerra".

Allí donde había infieles que convertir, allí iban en línea de vanguardia atacante los jesuítas; allí donde había luteranos que encarrilar, allí aparecían pronto los jesuítas; allí donde los príncipes se encendían en guerra, allí metían baza los jesuítas para desviar los sucesos. Han actuado en todas las esferas humanas, y al decir todas no se dice una hipérbole. Han actuado en todos los radios posibles al hombre y aun en muchos que parecían humanamente imposibles. Pero también se pusieron más en evidencia que nadie y se atrajeron más iras.

Son justas las iras que en todo tiempo han suscitado los jesuítas. Todavía hoy, acalladas las pasiones religiosas en los ambientes profanos y aun en los religiosos se pronuncia con tono despectivo el término "jesuita". "Es un jesuita" se dice de un hombre despreciable. "Es jesuitismo" se suele decir de procedimientos dignos de repulsión.

¿Es justo ese desprecio, que algunas veces, en el curso de cuatro siglos, fué escarnecimiento, persecución ,martirio y hasta muerte horrorosa? Un historiador alemán cree que no. Mejor dicho, cree que sí, en parte, pero que no en la mayor proporción. Cree que si los jesuítas se atrajeron en momentos de enconada lucha el odio de mucha gente, hoy, considerándolos como hecho histórico, no podemos repudiarlos lo mismo en total.

En apoyo de esta opinión (que no manifiesta expresamente, pero que deja entrever con claridad en varias oportunidades) ese historiador alemán ha escrito un libro que, desde luego, hay que tomar con toda seriedad. El historiador es René Fulop-Miller y su libro "El poder y los secretos de los jesuítas", voluminoso tomo que inmediatamente de editado en alemán publica en español, traducido por Javier Bueno la editorial madrileña Biblioteca Nueva.

El libro (enriquecido con gran cantidad de ilustración gráfica) está dividido en ocho partes que a su vez se subdividen, en total, en ciento tres capítulos.

La primera parte es, a manera de introducción en materia, una exposición del espíritu del jesuitismo. "Como un bastón en la mano de un viejo": he ahí una expresión de Loyola y que es también una definición del espíritu jesuita. Una ayuda, una eficacia en el mundo .

La segunda parte comprende una apasionada y expresiva biografía de Ignacio de Loyola, el paje real, el soldado caballero, que un día abandona el regalo mundano para dedicarse a servir humildemente a sus semejantes.

La tercera parte es un compendio de la más formidable lucha sostenida por el jesuitismo desde sus comienzos: la lucha por el libre albedrío humano contra el fatalismo jansenista.

En la cuarta parte está expuesta la moral jesuítica, moral que se ha definido con la fórmula "El fin justifica los medios", pero que, según Miller, es superior a esa expresión, aunque en el fondo, efectivamente, sea una moral que persigue sobre todo la eficacia de su obra.

La quinta parte es la más dramática del libro. "Ocultos tras mil disfraces" se titula, y el autor va mostrándonos a los jesuítas entregados a las más diversas y arduas actividades, en Europa o en China, entre blancos o entre negros, en la civilización o en la barbarie, para lograr sus fines catequistas a la mayor gloria de Dios. Es particularmente inmenso en esta parte el relato amenísimo de la actuación de los jesuítas en Japón y en China, empezando por el extraordinario Francisco Javier.

La sexta y la séptima parte son una prolongación de la quinta, sólo que en una el autor refiere la lucha jesuíta entre los príncipes europeos, y en la otra el encuentro de la orden con el progreso del mundo.

En la octava y última expone el autor sus puntos de vista sobre la que a su entender le parece debida consideración actual para el jesuitismo.

PARA LA PAUSA DEL SABADO



César Tiempo, vigoroso escritor hebreo-argentino, acaba de publicar un libro de versos que sus correligionarios habrán acogido con devoción, sin duda, y que las letras nacionales no pueden dejar de recibir sin alborozo. Es el libro de un poeta auténtico. No serán pocos los que sientan poca simpatía ante él, a causa del nacionalismo hebraico pronunciado; pero esos mismos tendrán que reconocer que canta en sus páginas un poeta de veras.

"Para la pausa del sábado" se titula el libro. El sábado es el día dichoso de los judíos y, no sabemos por qué secreta afinidad, está convirtiéndose en el día dichoso también de la cristiandad anglaizada y deportiva. Para ese día escribe César Tiempo sus hermosos versos judíos, de los que nos complacemos en reproducir aquí una composición, que será más elocuente para la estimación del libro que todos los elogios.

Edita pulcramente el libro Manuel Gleizer y lo ha ilustrado en imitaciones de xilografía, acertado realmente, el buen dibujante Manuel Eichelbaum.

PALABRAS A MAMA

Eres en nuestra casa como un angel custodio,
nos cuidas todavía como a tiernas criaturas
que viven asombradas el primer episodio
de una maravillosa novela de aventuras.

Rosa y David esmaltan su claro mediodía
con gritos y canciones mientras dibujo sueño
Mamá, ¿quién dió a tus ojos tanta sabiduría
para encontrarnos siempre débiles y pequeños?

César TIEMPO.

MUEBLES Y OBJETOS DE ARTE COLONIALES

Antonio Pérez Valiente de Moctezuma se ha ganado una bien merecida fama de conocedor de historia del arte y especialmente del arte español y americano, y más especialmente aún del arte del mueble y ornato del hogar. Nadie, pues, más indicado que él para hacer una estimación artística, arqueológica e histórica de una colección de muebles y objetos artísticos americanos antiguos, como la que hace en su libro "Muebles coloniales", que acaba de aparecer.

Es un libro que ha de prestar gran utilidad a todos los que se interesan por motivos de historia del arte, mayormente cuando a un texto preciso y autorizado se une en el lujoso volumen una rica colección gráfica, que es como ofrecer al lector una exposición de los objetos valiosos de que se está hablando.

El Plan Quinquenal Ruso

Dicen los enemigos de Stalin, que el dictador comunista pretendió disimular con una hábil maniobra política su fracaso al frente de la república socialista rusa de los soviets. Esa maniobra habría sido el ya famosísimo "plan quinquenal", un plan económico fabuloso (continúan opinando los antistalinistas) e irrealizable, pero lo suficientemente complicado como para que el pueblo no pueda comprender su mecanismo ni su irremediable eficacia.

Hallándose Rusia prácticamente aislada del mundo, es difícil conocer con certeza sus acontecimientos, tanto los favorables como los desfavorables. Tampoco podría decirse, pues, con exacto conocimiento, si el plan del gobierno stalinista es realmente una fábula, como aseguran sus adversarios, o una tentativa económica seria, como afirman sus partidarios.

He aquí, sin embargo, que nos llega de semejante hecho ruso una información bastante amplia: el libro de G. Grinko, en que se expone minuciosamente el concepto social y económico del plan discutido, y su detalle técnico. Claro que se trata de la exposición de un partidario y, por consiguiente, sospechosa de parcialidad. Adviértase, desde luego, que no hay imparcialidad absoluta en el libro, cuando aparecen, como de pasada, virulentos ataques a Trotsky, acusado de traidor al socialismo.

De todos modos, la exposición obligada a la objetividad de las cifras, es bastante informativa, a despecho de la intención sectaria que pueda llevar en el fondo; y si no puede tomarse como palabra definitiva en el asunto, permite, por lo menos, lo que ante todo interesa: convencerse de que, equivocado o no, el "plan quinquenal" es una tentativa económica perfectamente seria, una de las más serias tentativas económicas que se ha realizado en el mundo contemporáneamente.

En primer lugar, no se trata de una "ocurrencia de Stalin"; es una idea socialista clara, encarnada en la masa comunista dirigente de la revolución rusa, discutida ampliamente, durante largo tiempo, por esa misma masa, por el partido comunista, y formulada y aprobada en minuciosas deliberaciones que llevaron, en todo caso, la colaboración de multitud de pareceres, de puntos de vista, de experiencias, de datos, etc.

Luego, el plan no tiene nada de fabuloso. Es un plan científico, claro, accesible a cualquier entendimiento. Los soviets se trazan un plan de producción industrial y agrícola para cinco años; calculan, según los recursos de que disponen y la actividad que pueden desarrollar, un monto determinado de producción para ese período... Y eso es todo.

¿Puede darse nada más claro, más comprensible? Naturalmente que todo puede ser erróneo. Pueden fallar, por de pronto, los cálculos; y luego, puede fallar la eficacia general prevista, aún respondiendo el detalle. Pero no se trata ahora de saber si los comunistas rusos han acertado o considerará al cabo del plazo señalado. Se trata, simplemente, de cerciorarse de la existencia de un plan de gobierno serio.

El plan lleva ya tres años de aplicación. Según los datos que proporciona en su libro Grinko, hasta ahora no se notan fallas importantes en el mecanismo económico en función. Algunos cálculos (sobre todo los referentes a la producción agrícola) no se han visto confirmados por la realidad; pero en compensación, otros han sido superados, particularmente en la industria.

Ya no es, pues, el plan bolchevique mera teoría. Tres años de realidad responden por él. Aun suponiendo que sus parciales informen con cierto optimismo sobre los hechos, no pueden inventar totalmente la realidad. El plan está en marcha, y los rusos creen firmemente que en pocos años más llegarán a superar, proporcionalmente, en monto, calidad y baratura de producción y en condiciones de trabajo, a los países capitalistas más adelantados.

Ese es, precisamente, el punto de vista central de las especulaciones económicas bolcheviques: ponerse a la cabeza de la economía mundial, para demostrar a los pueblos capitalistas que el socialismo es un sistema social más efectivo y más propicio a la dicha de los hombres. Transcribiremos, para precisar la intención, las propias palabras de Grinko:

Nadie puede ignorar — dice Grinko — que de año en año se prosigue en un campo más amplio y con mayor acritud el gran proceso, la gran rivalidad universal e histórica entre los dos sistemas económicos (y por consiguiente sociales): el sistema socialista en vías de construcción y el sistema capitalista, en su fase de descenso. Esta gigantesca competencia ha puesto su sello a la política mundial de los diez últimos años.

El representante de la idea socialista — agrega, — el país de los soviets, expone audazmente y sin ocultar nada su programa: alcanzar y dejar atrás, en un lapso relativamente breve, el nivel técnico y económico de los países capitalistas avanzados.

Este programa obliga. El mundo entero sabe que el bolcheviquismo no juega con sus palabras, que sabe concentrar sus fuerzas y sus asaltos sobre los objetivos que se ha propuesto. "Alcanzar y sobrepasar al mundo capitalista" es ahora el programa, la norma directiva de la política económica de los soviets.

UNA OBRA INEDITA DE J. V. GONZALEZ

A pesar de la gran profusión de libros que publicó en vida don Joaquín V. González, no fueron aquellos los únicos que escribió. Hace poco, el Instituto Cultural que lleva su nombre editó una obra inédita suya, "Estudios de Historia Argentina"; ahora, la misma institución edita otra, "El censo nacional y la Constitución".

"El censo nacional y la Constitución" constituye un grueso volumen de 325 páginas, nítidamente impresas por L. J. Rosso, y se divide en tres partes. La primera contiene el memorable discurso del doctor González en el Senado de la Nación, en 1913, al discutirse el proyecto de la ley de censo general. La segunda es otro discurso parlamentario, pronunciado en 1914, ante la conclusión del censo realizado. La tercera, por fin, es un conjunto de comentarios periodísticos sobre la misma cuestión del censo.